

NECROSIS PROGRAMADA

Curtis Garland

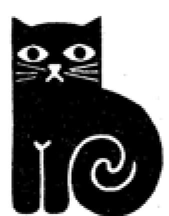
CIENCIA FICCION

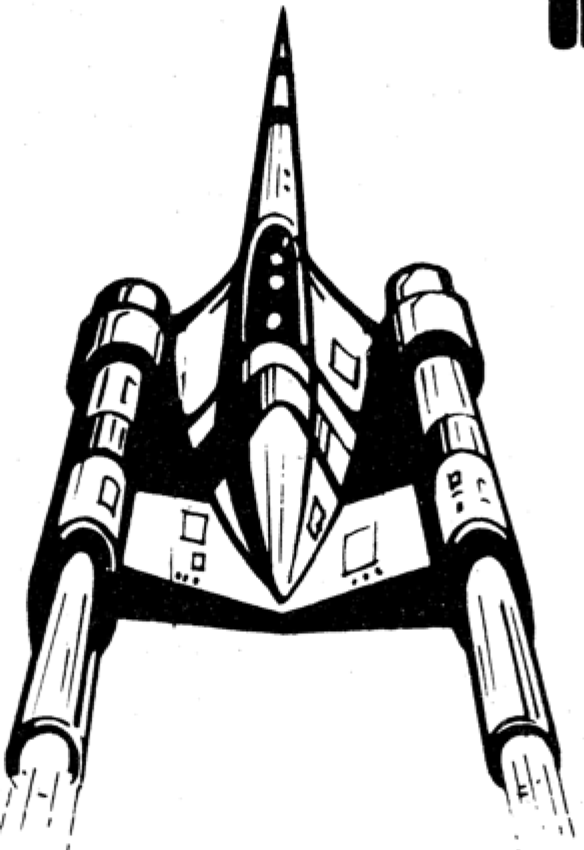


NECROSIS PROGRAMADA

Curtis Garland

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

643 — *Enigmas de destrucción*, Ralph Barby

644 — *Las criaturas del vacío*, Curtis Garland

645 — *Asalto aI tiempo*, Glenn Parrish

646 — *La pirámide de oro,* Joseph Berna

647 — *Amigos de otro mundo,* Glenn Parrish

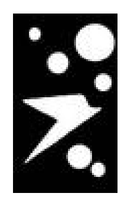
CURTIS GARLAND

NECROSIS PROGRAMADA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 648

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

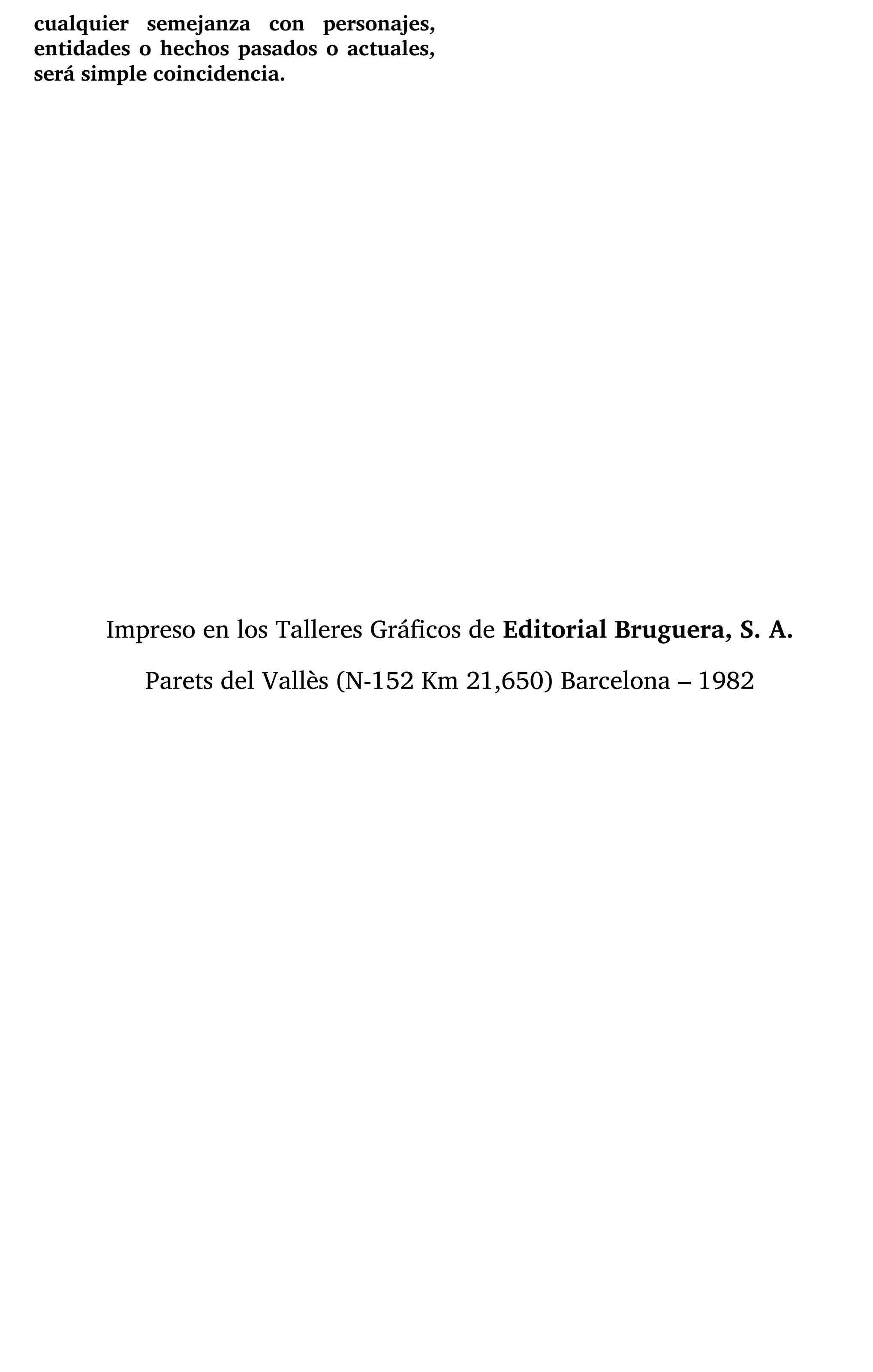
Depósito legal: B. 38.307-1982

Impreso en España - Printed in Spain

l.ª edición: enero, 1983

l.ª edición en América: julio, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que



cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

Desde el primer momento, Darryl Shade estuvo seguro de que no iba a congeniar demasiado con su compañero de viaje. Y había gran parte de verdad en ese presentimiento.

No tenía nada premeditadamente hostil contra él, a pesar de que varios compañeros le habían prevenido sobre el carácter del inspector del UFG o Universal Federal Government. Según ellos, Lars Wilburn era un hombre duro, implacable en el cumplimiento de su deber, pero además particularmente frío, carente de emociones y de una mentalidad burocrática y minuciosa que parecía no dejar margen a los verdaderos sentimientos humanos, a la imaginación o a lo espontáneo y fresco. Podía decirse de Lars Wilburn, sin temor a exagerar, que era el perfecto funcionario carente de fantasía o el don de lo imaginativo.

Pero, a pesar de eso, resultó que Lars Wilburn era antipático. Y Darryl Shade captó de inmediato esas circunstancias cuando estrechó la mano del otro por pura rutina.

—Espero que seamos buenos camaradas en este viaje —se limitó a decir rutinariamente Wilburn, sin poner en sus palabras la menor emoción o convicción personal.

—Sí, estoy seguro de ello —convino Darryl con el mismo o parecido entusiasmo.

Eso fue todo lo que intercambiaron en su primer encuentro. Después, cada uno se ocupó de sus cosas. Wilburn de sus expedientes y asuntos oficiales, Darryl de manejar la nave espacial, que era su trabajo. Al menos, su trabajo actual, ya que además de ser tripulante del vehículo de inspección, ejercía su cargo de medicina espacial con el titulo de doctor especializado.

Habitualmente, el UFG procuraba que los médicos especialistas fueran también capaces de tripular naves espaciales como si éstas fuesen vulgares automóviles, y viceversa. Es decir, un astronauta que tuviese el título de médico o cirujano era siempre bien recibido en los departamentos de salubridad espacial dependientes del Ministerio de Sanidad Universal del Gobierno Federal terrestre.

Cuando llegaran a los lugares señalados en la ruta de inspección, tendría tiempo de ocuparse de su tarea clínica. Por el momento, debía limitarse a conducir. Y en esta ocasión bajo las órdenes de aquel rígido

funcionario estatal.

Puso en funcionamiento los sistemas de propulsión de la pequeña y ligera nave espacial, mientras Wilburn introducía fichas en la ranura del computador, para archivar los datos y recibir información adecuada de los archivos memorizados en la máquina, dependiente de la terminal del Gobierno. Al parecer todo estaba en regla y a su gusto, porque chascó con satisfacción la lengua y asintió al indicarle Darryl que se preparase para el despegue.

—Sí, un momento, voy a ajustar la indumentaria.

Se vistió con rapidez el «mono» hermético, cuyas cremalleras cerró, quedando embutido en el material incombustible, antitérmico y protector, así como la liviana escafandra plástica, que ajustó a su cuello. Se acomodó en su asiento, ajustó los cinturones de seguridad e hizo un gesto expresivo, señalando a lo alto con el pulgar de su diestra, en señal de conformidad.

Darryl se situó en su propio asiento y accionó los mandos. Zumbaron los motores propulsores a fotones. Vibró la nave, para despegar en escasos minutos, rumbo a las alturas de la noche estrellada de California.

El vuelo de inspección federal había comenzado. Rutinariamente, como tantos otros. Estos no eran ya tiempos en los que abandonar el planeta Tierra, rumbo a distantes lugares del espacio exterior, resultara particularmente emocionante o heroico. Resultaba tan frecuente y tan normal como tomar una avioneta o un helicóptero sólo cuarenta años atrás, en los tiempos en que un viaje espacial era una aventura sin seguridad alguna.

No hubo ningún problema en abandonar la atracción terrestre, ni tampoco en estabilizar el vuelo, una vez fuera de órbita, tomando el rumbo adecuado. Darryl suspiró, soltando sus cinturones al apagarse en el tablero de mandos el indicador rojo de alerta y ser sustituido por el verde.

—Ya puede ponerse cómodo —dijo a su compañero—. Estamos en ruta, señor.

—Llámeme simplemente Wilburn —fue la primera señal amistosa del inspector federal—. Después de todo, vamos a pasarnos una serie de días viajando por ahi, ¿no es cierto?

—Sí, eso es verdad. Tenemos una buena serie de colonias que visitar…

—Siete, exactamente. La base Luna Tres y las demás colonias en órbita. ¿Qué cree que nos llevará en total?

—Normalmente, no más de diez días. Dependerá mucho de lo que permanezcamos en cada punto de destino.

—No mucho, espero —el inspector federal se despojó de sus ropas, colgándolas del armario correspondiente, antes de regresar a su asiento y acomodarse en él, pulsando el botón del bar automático. Un refresco de cola apareció en la cabina de servicio, tomándolo para beber con fruición un trago, antes de añadir—: Estos viajes siempre me dan sed. Creo que aún no me he habituado a abandonar la Tierra. ¿Usted sí?

—No he tenido más remedio. Llevo más de cien viajes así.

—Vaya, es todo un veterano del aire —murmuró Wilburn, tratando de mostrarse simpático sin demasiado éxito—. ¿Siempre en plan profesional, doctor?

—No, no siempre. Hice algunos viajes de placer y otros simplemente experimentales o de prueba. De todos modos, también tengo larga experiencia como médico en el espacio exterior.

—Lo sé. Me lo dijeron en el departamento. ¿Cree, como tantos otros, que los habitantes de colonias espaciales necesitan una inspección clínica frecuente?

—Estoy seguro de ello, Wilburn —asintió Darryl—, El alejamiento de la Tierra, el aislamiento en muchos casos, y las condiciones de vida, sometidas a gravedad artificial, clima prefabricado y todo, eso, influyen mucho en la salud de los allí destinados, en especial en su equilibrio psíquico.

—¿Su especialidad es acaso la psiquiatría?

—No exactamente. Pero he estudiado psiquiatría espacial y enfermedades nerviosas y neuróticas provocadas por la prolongada estancia fuera del planeta Tierra. Sin esa rama de especialización, resultaría imposible comprender muchos de los trastornos mentales y emocionales de quienes prestan sus servicios de forma continuada en la base lunar o en otros puntos del espacio, como las colonias satélite de la serie Galaxia.

—Sí, entiendo —el federal se tocó el mentón, pensativo, mirando por el visor frontal de la nave la inmensa pléyade estelar, limpiamente visible ahora sobre el negro fondo del cosmos. Parecía preocupado por

algo. Al fin se decidió a indagar—: ¿Usted cree que hay más facilidad cara a posibles dolencias graves cuando se vive lejos de la Tierra?

—Eso depende de muchas cosas. En primer lugar, no sabemos demasiado sobre posibles virus o bacterias existentes en el espacio. Y tampoco sobre el efecto que esa forma de vida en las colonias puede afectar a dolencias ya casi en erradicación total en nuestro mundo, como el cáncer, la hepatitis o las enfermedades coronarias, que las prótesis artificiales del corazón han logrado combatir tan eficazmente. Las condiciones de vida son las mismas en esas colonias, y por tanto ignoramos en qué modo puede reaccionar el organismo tras varios años de existencia en un ambiente tan distinto.

—En resumen: todo puede suceder, según usted.

—Dicho así, sí. Tenga en cuenta que la colonia más antigua, la Luna Uno, hoy desmantelada, tiene solamente quince años de antigüedad. Y la más moderna, la Saturno Tres, en órbita lunar, sólo lleva dos años de existencia. Hemos de ver los efectos de esa nueva aclimatación del hombre a sus actuales condiciones de supervivencia en el exterior a lo largo del tiempo. ¿Por qué le preocupa tanto esa cuestión, Wilburn? Creí que usted se ocupaba, especialmente, de asuntos relacionados con el gobierno federal y sus leyes, pero no con la salud pública de las colonias.

—Y así es, en efecto. Pero soy algo más que un funcionario, doctor.

—No me llame doctor, se lo ruego. Puede decirme simplemente Darryl o Shade, como prefiera.

—Pues bien, Shade, también el lado personal tiene su importancia. Tengo a mi familia en una de esas colonias.

—Oh, entiendo. No tenía la menor idea.

—Mi esposa y mis dos hijos están en Saturno Seis, precisamente. Forman parte del personal de asistencia social y moral en la colonia. Mi esposa es miembro de la Congregación de Religiones Cristianas de los Estados Federales de la Tierra. En cuanto a mi hijo mayor, estudia para ingresar en el Departamento de Cultura y Educación, mientras mi hijo menor desea prestar un día servicio como educador infantil. La tarea de mi mujer abarca también en particular las videotecas y la orientación política de los trabajadores enviados a esas colonias. Ya sabe que muchos de ellos fueron penados anteriormente —concluyó con un suspiro.

—Sí, ya lo sé. Cambiaron la celda por un trabajo relativamente digno en las colonias del espacio, las que muchos reclusos llaman irónicamente «Las Indias Azules».

—No ha habido problemas con esos reclusos últimamente. A muchos les cuesta insertarse de nuevo en la sociedad, incluso en lugares tan distintos a su mundo habitual como son esos lugares donde ahora se hallan. Otros, en cambio, parece ser que van evolucionando, según me informó mi mujer, y pueden ser recuperados para la sociedad.

—Está preocupado, según advierto.

—Sí, mucho —confesó el otro, afirmando enérgicamente con la cabeza.

—¿Algún motivo especial? —se interesó Darryl, arrugando el ceño, sin desviar sus ojos de su nuevo compañero de viaje.

—Pues la verdad es que... —comenzó como si fuera a sincerarse. Luego, de repente, pareció arrepentirse. Meneó otra vez la cabeza, en esta ocasión en sentido negativo, y declaró—: No, no, ninguno en especial. Dejemos eso ahora. Tengo cosas que hacer.

Y se sumió en su tarea, revisando de nuevo sus expedientes y datos computados. Darryl estuvo a punto de mandarlo al diablo, pero lo pensó mejor y se calló, ocupándose por entero de los mandos de la nave, en vuelo hacia la Luna. Una travesía rutinaria y sin problemas, exenta ya del halo entre romántico y heroico que tuvieron los remotos tiempos en que el astronauta Armstrong pusiera por primera vez el pie en ella, más de cincuenta años atrás.

Se dijo que aquel hombre era difícil de comprender. Empezaba a sincerarse y de repente cambiaba de forma radical, encerrándose en un mutismo inexplicable. A fin de cuentas, no era él quien había iniciado aquella conversación, se dijo Darryl con cierto enfado hacia su compañero de viaje. Y dio mentalmente la razón hacia quienes le previnieron sobre el modo de comportarse del funcionario federal.

Permaneció bastante tiempo absorto en su tarea de conducir la nave. Wilburn cuando terminó su labor de comprobación de datos, se limitó a murmurar un monosílabo de despedida y fue a acostarse en su cabina sin añadir más.

Darryl se sirvió una cerveza sin alcohol, procedente del bar automático, y mandó al diablo a su compañero desde el fondo de su mente, desentendiéndose de él por completo. Situó los mandos

automáticos en posición y se adormiló ligeramente durante media hora.

Al despertar, comprobó que todo estaba en orden a bordo. Miró hacia el visor. La redonda faz lunar, salpicada de cráteres, aparecía ya muy ampliada ante él, como una meta cercana. La cúpula hermética que mantenía la base Luna Tres protegida del vacío glacial de las noches lunares, destacó en la distancia, con un destello ceniciento de luces en su superficie plástica abombada.

Debajo de aquella envoltura, los edificios e instalaciones de Luna Tres aguardaban a sus visitantes de la Tierra, que llegaban allí con cierta regularidad, para suministros, impuestos federales e inspecciones de rutina conforme a lo establecido, cuando no como en este caso, una misión mixta, de inspección federal y de control de salubridad. Una serie de penados, empleados allí para las labores más duras, habían cambiado su encarcelamiento en la Tierra por una vida algo más libre e independiente en la Luna, aunque sometida a un rudo trabajo y a una disciplina severa, en un lugar que no era sino una distante colonia terrestre, en la soledad yerta e inhóspita del satélite natural de nuestro mundo. Junto con ellos, en puestos de mayor responsabilidad, llevaban una vida semejante a la que pudieran haber mantenido los colonos británicos de la India, dos siglos atrás, hombres, mujeres y niños que habían elegido esa nueva residencia por las más diversas razones personales, profesionales o de obediencia a normas oficiales a las que se debían por sus empleos y especialidades.

Darryl contempló aquella colonia con cierta aprensión. Nunca le había gustado la soledad, especialmente lejos de lo que constituía su entorno habitual y familiar. Por nada del mundo hubiese elegido un sitio así para vivir, por mucho que fuese la paga y ventajosas las condiciones.

Algún tiempo después, Wilburn regresó a la cámara de controles. Le dijo algo entre dientes, se sentó en su asiento y despegó la mesa portátil, marcando en el bar automático lo que quería para comer.

—Tengo apetito —dijo por toda explicación—. ¿Usted no come nada?

—Más tarde —dijo Darryl—, Las comidas de a bordo no me entusiasman. Sabe lo mismo un filete que un trozo de pescado o un poco de fruta. Los alimentos deshidratados me irritan.

—Sí, lo comprendo. Pero no hay otro remedio —dijo, mientras el mecanismo depositaba en una bandeja los platos solicitados, que si

bien no tenían mal aspecto del todo, en cuanto a sabor dejaban mucho que desear, dado su proceso de deshidratación posterior en las cámaras del conservador de alimentos.

El inspector federal atacó con buen apetito un trozo de carne guarnecida con vegetales, rodándolo con cerveza desprovista de alcohol, ya que toda bebida espirituosa estaba prohibida a bordo de las naves espaciales, en orden a la mayor seguridad de sus ocupantes.

Cuando sobrevolaban la Luna, Wilburn se acercó a su acompañante, tras haber apurado su comida. Estudió la visión panorámica de la colonia lunar, pensativo.

—Me pregunto lo que debe sentir uno cuando vive día tras día bajo ese caparazón de aspecto cristalino, en una atmósfera artificial, rodeado de yermos interminables —murmuró.

Darryl se volvió hacia él.

—Yo se lo diré, conforme a lo que me explicó un enfermo no hace mucho —respondió gravemente—. Se siente claustrofobia, soledad y tristeza. Se llora, incluso, y uno piensa que nunca más volverá a la Tierra. Ese sentimiento de nostalgia y de aislamiento va creciendo con el tiempo, hasta trastornar los nervios de cuantos viven en un sitio así, cambiando radicalmente su conducta.

—Habla usted como si aborreciese los progresos alcanzados en la colonización del espacio por parte del ser humano —le reprochó indirectamente Wilburn.

—Hablo como hablaba un paciente que odiaba todo eso —rectificó Darryl—. Pero usted tiene razón. Detesto todo eso. Y estoy seguro de que, a estas horas, su familia debe pensar poco más o menos lo mismo.

—Eso lo-dudo mucho —resopló Wilburn—. De todos modos, lo sabremos cuando estemos en Saturno Seis.

—Sí, supongo que sí —admitió Darryl Shade, afirmando con la cabeza—, Y eso será mañana mismo, cuando dejemos la colonia lunar…

CAPITULO II

Saturno Seis estaba ya a la vista.

Era un pequeño satélite artificial, allá en la distancia, girando en amplia órbita en torno a la Luna. Pero realmente no era tan pequeño como parecía a aquella distancia. Dentro de él, existían instalaciones donde se alojaban un total de cincuenta personas, entre ellas la esposa e hijos de Lars Wilburn, el funcionario federal.

—He sacado una mala impresión de la Luna, la verdad —confesó preocupado Wilburn—, El nivel de salud mental de la gente no era óptimo precisamente...

—No, no lo era. Ya se lo dije. Esas personas están sometidas a un encierro permanente. Saben que no pueden abandonar la zona protegida por la cápsula, salvo con pesados atavíos para combatir el vacío y la escasa gravedad. Y si salen, ¿qué ven? Sólo desiertos cenicientos, polvo y cráteres. No es un paisaje paradisíaco precisamente. La alimentación es tan artificiosa como la nuestra, y la sensación de soledad y alejamiento de su mundo pesa sobre ellos como una losa. El *stress* hace estragos allí, ya lo ha comprobado.

—Informaré de todo eso minuciosamente al gobierno.

—Para el caso que harán... Lo que les importó siempre a los gobiernos es demostrar que hacen muchas cosas importantes y costosas. La colonización del espacio es la gran hazaña de la època. La gente vive pendiente de todo eso, a falta de algo mejor y más emotivo. No, Wilburn, los políticos no dejarán de pensar igual les diga usted lo que les diga.

—Está casi haciendo demagogia, Shade.

—No, Wilburn. *Casi*, no. Hago demagogia. Porque lo creo necesario en estas circunstancias. Nunca sabemos en qué va a terminar esta estúpida aventura de llenar el vacío exterior de trastos habitables y la Luna y los planetas de colonias terrestres, a la usanza de los viejos imperios. El mundo entero es ahora un gigantesco imperio, con todos sus errores y torpezas. Pero sin la grandeza de los del pasado, la verdad. Porque aquí ni siquiera hay enemigos humanos a quienes someter y convencer, sino sólo silencio, vacío, soledad, aislamiento eterno...

—Será mejor que dejemos eso —cortó agriamente, Wilburn—. No me gusta el cauce que toma nuestra conversación, Shade. Si informase de sus opiniones al departamento de ética federal, posiblemente le quitarían sus cargos de médico y de astronauta.

—Posiblemente. Pero no por eso tendrían razón —replicó Darryl, agresivo.

El otro enmudeció, volviendo a su eterna tarea de comprobar sus datos e informes, y anotando una serie de cosas que luego memorizó en tarjetas magnéticas grabadoras. La nave se fue aproximando paulatinamente al asteroide artificial donde se hallaba la llamada Colonia Saturno Seis.

Momentos más tarde, la nave se posaba suavemente junto al cuerpo metálico que flotaba en el espacio. Se adhirió mediante sus dispositivos magnéticos a la superficie del satélite artificial. Luego, éste abrió sus compuertas automáticas, absorbiendo a la ligera nave de inspección a través de un largo cilindro o corredor horadado en sus metálicas entrañas.

—Hemos llegado, Wilburn —anunció Darryl—. Pronto verá a los suyos.

Afirmó el miembro de la federación con gesto esperanzado y risueño, harto desacostumbrado en hombre tan parco en emociones. Se encaminó hacia la salida, dirigiendo una mirada prudencial al indicador de clima exterior.

Como esperaban, todo estaba normal dentro del asteroide artificial. Temperatura, gravitación, aire respirable… No era preciso adoptar precaución alguna para salir de la nave.

Se habían detenido en la estación terminal de las entrañas del cuerpo celeste puesto en órbita lunar por la tecnología humana. La puerta del vehículo se abrió suavemente al presionar Darryl el resorte. Desde fuera, un altavoz les saludó como era habitual:

—Bien venidos a la Colonia Saturno Seis. Los colonos saludan cordialmente a sus visitantes y les desean una feliz estancia entre nosotros.

Wilburn sonrió, amistoso, apresurándose a salir de la nave. Darryl le siguió, tras cerrar todos los controles y comprobar que a bordo todo quedaba en orden.

Se hallaban en la estación de aeronaves del asteroide Saturno Seis.

Como todos los de su clase, consistía en una simple plataforma circular, rodeada de luces, de la que partían diversos corredores en dirección a la zona residencial del interior del cuerpo celeste. Algunos indicadores luminosos, junto a bandas rodantes para peatones, señalaban los distintos accesos:

Centro de mandos y controles.

Zona comercial.

Residencias de colonos.

Sección de mantenimiento.

—Vamos al Centro de Control —indicó Wilburn—, Después nos acercamos a ver a mi familia. Usted queda en libertad de ir adonde guste, una vez cumplidos los trámites de llegada ante el mando. En la Zona Comercial hay buenos restaurantes y bares, por lo que tengo oído.

—Lo tendré en cuenta —asintió Darryl, distraído.

La cinta rodante les condujo en escaso tiempo a la escalera automática de ascenso al Centro de Mando y Controles. Los altavoces emitían música ambiental, quizá para hacer olvidar al viajero que se encontraba en un remoto lugar, muy alejado de su habitual residence en el planeta Tierra. Todo allí parecía normal, como si se hallaran en cualquier ciudad y en cualquier centro astronómico de la Tierra. Incluso había publicidad luminosa en los muros y grandes pantallas de televisión exhibiendo videos documentales sin relación alguna con el espacio. «Pero todo eso —pensó Darryl—, no bastaba para hacerle olvidar a él lo lejos que se encontraba de su mundo habitual.» No era fácil que le lavaran el cerebro fingiendo una normalidad que no existía. Sabía bien que los colonos terrestres en estos lugares vivían una existencia difícil, acosados por la nostalgia, la claustrofobia y las dolencias psíquicas propias de una larga permanencia en el vacío exterior.

—Como ve, la vida aquí es perfectamente aceptable — le comentó durante el camino Wilburn, con una sonrisa complacida—, Nada hace añorar el querido mundo distante, ¿no le parece?

—No, Wilburn —rechazó el joven médico astronauta—. No me lo parece, diga usted lo que diga.

El otro arrugó el ceño, molesto, pero se abstuvo de hacer comentarios. Un frió mutismo les escoltó hasta la entrada al Centro de Mando y Control. A ambos les extrañó inicialmente no ver guardia en la entrada.

—Es raro —señaló Wilburn—, Tendría que haber un servicio de vigilancia, como siempre. No es que existan riesgos con los colonos, pero ésas son las normas.

—Tal vez por una ocasión se han olvidado aquí de las normas —apuntó irónico Darryl.

El otro no dijo nada. Introdujeron sus tarjetas codificadas de identificación en la ranura de la entrada, y el mecanismo electrónico funcionó, franqueándoles el paso. El nuevo corredor que afrontaron, tampoco tenía vigilancia alguna. Aparecía totalmente desierto, a pesar de que un letrero luminoso advertía ante ellos, en un muro:

Prohibido el acceso sin permiso especial.

De nuevo la tarjeta de ambos, provista del código preciso para permiso especial de acceso al Centro, funcionó al ser depositada ante un ojo electrónico. Se abrió una nueva puerta blanca al fondo. Sonaba la música ambiental. Pero no oyeron voz alguna autorizándoles a entrar, como era lo reglamentario.

Ambos cambiaron una mirada de perplejidad entre sí. Aquello empezaba a rozar lo insólito. Esta vez fue el propio Darryl quien aceptó la existencia de un factor poco claro.

—No lo entiendo —manifestó—. Es como si hubieran cambiado todas las costumbres. O como si no hubiera nadie aquí…

—¡Qué tontería! —rechazó Wilburn—. Tiene que haber gente, el personal de servicio. Jamás queda desocupado el Centro de Mando…

Cruzaron el umbral sin esperar a que se les autorizase verbalmente la entrada. Las luces del Centro brillaban resplandecientes en la sala amplia, circular, donde se hallaban todos los controles centrales de la Colonia.

Wilburn lanzó una sorda imprecación en la que se mezclaban el asombro y la angustia. Darryl tuvo que apartar la mirada para no vomitar.

—Dios mío... —jadeó—. ¿Qué es *esto*?

—No sé... —musitó roncamente su compañero—. Algo horrible ha sucedido aquí, Shade.

Y era cierto.

Porque la vasta sala no estaba vacía ni mucho menos. Pero es como si lo hubiera estado. Más de una veintena de hombres y mujeres, todos ellos con el uniforme azul oscuro de las fuerzas de Mando y Control, aparecían en sus asientos o tendidos en el suelo.

Todos estaban muertos.

Y, lo que era peor, sus cuerpos y rostros aparecían atrozmente corrompidos, descarnados, despidiendo un fuerte hedor a putrefacción. Sin embargo, para horror de ambos hombres, uno de aquellos cuerpos aparentemente sin vida, cuya carne se descomponía en hedionda purulencia... *aún* se estaba *moviendo* débilmente en el suelo.

* * *

Mientras era Wilburn quien, presa de repentinas náuseas, vomitaba apoyado en un muro, sacudido por fuertes convulsiones, Darryl Shade recordó que, por encima de todo, era médico. Corrió hacia el cuerpo que aún ofrecía señales de vida, aunque su apariencia física distara mucho de confirmar ese punto.

Se arrodilló junto a él, aplicando sobre su rostro un pañuelo para no respirar a fondo la hediondez insoportable que le rodeaba. Descubrió un cabello blanco y ralo, una cabeza cubierta de placas de descomposición, un rostro carcomido a medias por la putrefacción, hasta el punto de que uno de sus ojos colgaba, sanguinolento, de la órbita vacía, carente de párpados. Los huesos de la calavera asomaban entre jirones de piel y carne descompuestas.

A pesar de todo ello, el desdichado se agitó, apoyó en el brazo de Shade una mano purulenta, que se deshacía por momentos, y sus labios casi carcomidos, musitaron unas pocas, espantosas palabras, que helaron la sangre en las venas de Darryl:

—Sálvenos... Sálvenos, por amor de Dios... Este modo de..., de morir... tan rápido, tan... tan horrible... ¡Ayúdeme...! No quiero... morir... así...

La patética mano se desprendió de su brazo, dejando en su ropa un

rastro de pus y de piel desprendida y escamosa. El hombre se derrumbó de bruces. Darryl tocó su piel, dominando su repugnancia, buscó señales de vida en su cuello y corazón. No las encontró. El infeliz había muerto.

Se quedó inmóvil, contemplando aquel cadáver que parecía llevar semanas sin vida. Y que, sin embargo, acababa de morir ahora mismo, ante sus propios ojos, por increíble que ello pareciese.

—No lo entiendo… —murmuró—. No puedo entenderlo…

Se puso lentamente en pie. Giró la cabeza. Fue contemplando cuerpos y cuerpos inertes, sin vida, hechos materia putrefacta y maloliente. Allí había jefes y personal subordinado del selecto cuerpo de Mando y Control de la Fuerza Colonial. Ninguno había sobrevivido. Y, cosa extraña: no se apreciaba en parte alguna la menor señal de violencia.

Miró a Wilburn, que había dejado de vomitar pero que estaba pálido como un muerto. El funcionario federal también le contempló a él, inseguro y abatido.

—¿Qué ha ocurrido aquí, Shade? —preguntó—. ¿De qué ha muerto esta gente?

—No lo sé aún —confesó Darryl gravemente—. En apariencia no tiene la menor lógica. Para presentarse un proceso de descomposición semejante, es preciso que haya transcurrido algún tiempo del óbito, no menos de veinticuatro horas para un inicio, ni menos de cuarenta y ocho o sesenta para una auténtica putrefacción. Y aun eso, en circunstancias adversas climáticas, cosa que aquí no sucede, ya que el aire acondicionado funciona a la perfección y estamos aproximadamente en los veinte grados centígrados o algo menos, lo cual hace mucho más prolongado el proceso. Y sin embargo, ese pobre diablo al que asistí, aún estaba vivo, aunque en pleno período de putrefacción muy avanzada.

—Dios, ¿y qué puede significar eso? Todos parecen muertos de igual forma. ¿Pudo ser un… una especie de epidemia?

—Pudo serlo, ¿por qué no? —Darryl se encogió de hombros—. Ya le dije que hay muchas cosas en el espacio exterior que no hemos empezado a entender aún, Wilburn. Pero veamos, cuando menos, lo que sucede fuera de este recinto…

Se aproximó a un amplio tablero semicircular, repleto de teclados, botones y resortes de diversos colores. Los estudió, pensativo, y

presionó algunos de ellos. Una gran pantalla cóncava de televisión se iluminó con una ampliada imagen del exterior de la cámara de control y de mando, mostrando una visión panorámica de una especie de pequeña urbe o ciudad construida dentro de la propia esfera espacial, y cuyos edificios formaban un círculo perfecto en torno a una única plaza central de la que partían cortas calles radiales, ajardinadas artificialmente, mediante placas de energía solar suspendidas de la cóncava bóveda del propio asteroide, techo metálico de la ciudad subterránea, que un imaginativo artífice había teñido de un azul celeste con estrellas luminosas, tal vez para dar impresión de vivir al aire libre y no encerrados en una especie de redonda caja flotante.

—Me recuerda a los barcos metidos en una botella —comentó Shade secamente—. Aproximaré la imagen cuando pueda. Desde aquí no se puede ver nada…Wilburn se aproximó a él, mirando con ojos de fascinación la gran imagen. Un indicador, entre los edificios, señalaba con claridad: «ZONA RESIDENCIAL DE SATURNO SEIS.» Shade notó que temblaba.

—Ahí viven… —murmuró—. Mi esposa y mis hijos. En aquel edificio de viviendas colectivas, el más alto, de color blanco.

Asintió Darryl, ceñudo. Aproximó la visual del televisor hacia esa zona. La imagen comenzó a avanzar hacia él en una especie de rápido *zoom* que iba revelando con nitidez una parte concreta de la zona residencial, entre un macizo de jardines y el edificio blanco.

Quiso apagar la imagen de la gran pantalla, pero era tarde. Wilburn lo había visto ya. Oyó que exhalaba un ronco gemido de horror y aferraba su hombro con mano crispada, que casi le hizo daño. Le miró, de soslayo. Su rostro, habitualmente imperturbable y frío, era una contraída máscara de color ceniciento. Sintió compasión de él.

—Oh, no, Señor, no —le oyó gemir—. Ellos, no…

—Cálmese —le recomendó sordamente—. Puede que su familia esté bien, dentro de la casa…

Y contempló a su vez, con ojos aterrados, la visión que les ofrecía la imagen de la pantalla, en toda su espantosa crudeza.

La escena dantesca del Centro de Mando se repetía en la calle residencial. Sobre el césped y las flores yacían cuerpos en las más diversas posturas, sorprendidos por aquella inexplicable muerte corrupta. Su aspecto era repulsivo en todos los casos, dado su avanzado estado de descomposición. Apenas si eran esqueletos, dentro de sus ropas, cubiertos por jirones malolientes de carne podrida y de

vísceras descompuestas. En todos los casos, el cabello aparecía blanco, nevado. Como si una súbita vejez mortal les hubiera atacado a todos aquellos desdichados.

Había hombres, mujeres, niños… eran reconocibles algunos por sus ropas, otros por su simple tamaño. Del resto, no había nada que se pudiera diferenciar entre sí.

—¡No, no! —sollozó Wilburn, rota su entereza de súbito—. ¡Algo espantoso ha sucedido aquí, Shade! ¡No debe haber supervivientes!

—¡Nadie ha sobrevivido a ese horror! ¡Mi querida Helen, mis pequeños Mitch y Doug…! ¡Queridos míos!

Se precipitó como un loco hacia la salida de la cámara mortuoria. Darryl apagó la pantalla prestamente y, de un salto, se interpuso entre su compañero y la salida.

—¡No, espere! —le frenó, enérgico, aferrándole por los hombros—. No puede moverse así por ahí, Wilburn, ocurra lo que ocurra.

—Déjeme. Déjeme, se lo ruego —jadeó, amenazador, mirándole con rabia—. Iré a buscar a mi familia, diga usted lo que diga, y haga lo que haga.

—De acuerdo, irá a buscarla. Pero no así. Esto, como usted dijo, puede ser una terrible epidemia. Y ambos nos contaminaríamos irremediablemente si el virus, bacteria o lo que sea, está en el aire. Hemos de tomar alguna precaución. Venga conmigo.

Se encaminó a un armario cristalino de la cámara, en cuyo interior se veían alineados trajes presurizados de distintos colores, totalmente herméticos y provistos de escafandras plásticas livianas, adecuados para salir al espacio exterior.

Envolvió sus manos en su propia ropa, y rompió la vidriera, extrayendo dos trajes de diferente color, uno azul y otro rojo. Tendió el rojo a su compañero.

—Vístase esto de inmediato —dijo—. No creo que hayan podido contaminarse ahí dentro, pero si tarda en ponérselo podría suceder. Vamos, pronto. En seguida iremos en busca de su familia, Wilburn, se lo prometo.

El aceptó de mala gana, vistiéndose sin dejar de gemir entre dientes con aire plañidero. Una vez ataviados de forma hermética, aislados totalmente del exterior, Darryl conectó el interfono entre ambos e hizo señas a Wilburn de que le imitara. El funcionario federal

lo hizo, torpemente.

—Así está bien —dijo Darryl—, ¿Me puede oír bien, Wilburn?

—Sí, le oigo. ¿Vamos ya?

—En marcha, si. Cuanto antes salgamos de dudas, tanto mejor.

Salieron del Centro convertido en auténtico cementerio. Por los corredores, en dirección a la Zona Residencial del asteroide, no encontraron a nadie. Pero al alcanzar las escaleras automáticas de acceso al Nivel donde se hallaba la pequeña ciudad de los colonos, tuvieron que saltar de escalonen escalón, entre cuerpos putrefactos, cuyo hedor evitaron cerrando las espitas de sus sistemas de entrada de olores. Sólo la válvula de respiración permaneció abierta.

Salvaron aquel nuevo horror, mirándose desolados. El temor de Wilburn iba en aumento. Darryl tuvo que admitir que con toda la justificación del mundo. Personalmente, empezaba a dudar mucho de que su infortunado compañero de viaje llegase a encontrar con vida a su familia en aquel mundo artificial, poblado sólo por cadáveres corrompidos.

La escalera les dejó en el Nivel Residencial, como indicaba un luminoso parpadeante. La música ambiental seguía sonando, melodiosa, en el sistema de megafonía de la Colonia. Pero posiblemente de modo inútil, ya que sólo ellos parecían capaces de escucharla. Cuando alcanzaron una serie de televisófonos interiores del asteroide, para comunicarse dentro del mismo con los diferentes Niveles y Zonas, descolgó uno y probó a hacer diversas llamadas a los números de emergencia, tales como Centro Médico, Servicios de Seguridad o Mantenimiento Civil.

No hubo respuesta. Por el auricular sólo llegó el zumbido de la llamada sin atender, persistente y machacona. Las pantallas aparecieron vacías, surcadas sólo por líneas horizontales de interferencias.

Wilburn le miró, desolado. Darryl meneó la cabeza negativamente.

—Sigamos —dijo—. No hay respuesta de ningún lugar.

Llegaron a la plaza central, rodeada de edificios colectivos, jardines y espejos solares emitiendo luz y energía del astro rey. El silencio allí era total. Ni la menor señal de existencia de vida. Darryl, aunque no tenía ningún ser querido allí dentro, sintió un escalofrió. Y compadeció profundamente a Lars Wilburn. No hubiera querido estar

ahora en su pellejo, pensó, esperándole lo que le esperaba…

Esperó prudentemente a la salida de la blanca residencia colectiva, mientras él subía en un veloz ascensor a la planta donde residían sus familiares. Le oyó gritar, llamando a su querida Helen, a Mitch y Doug, sus hijos…

Luego, un alarido terrible, allá en la distancia, le hizo comprender. Corrió por las escaleras automáticas del edificio, hasta reunirse con Wilburn. Llegó muy a tiempo.

En ese momento, el desdichado inspector federal iba a arrojarse por la ventana del inmueble.

CAPITULO III

—¡Quieto, quieto, por Dios! —mascullo violentamente, precipitándose sobre él y aferrándole justo a tiempo de evitar lo peor.

—¡Déjeme, maldita sea! ¡Déjeme morir en paz y reunirme con ellos! —clamó el funcionario, forcejeando con él, junto a la ventana asomada a los jardines salpicados de cadáveres—. ¡Quiero terminar de una vez, no podría soportarlo!

—En la vida, Wilburn, todo se puede soportar. Basta con intentarlo, con ser lo bastante fuerte para ello —declaró Darryl, sin dejar de luchar a brazo partido con aquel hombre desesperado.

—¡No, no! —aulló él—. ¡Suélteme! ¡No quiero vivir!

Centuplicó sus esfuerzos por desprenderse de él. Era un hombre fuerte y podía conseguirlo, espoleado por su exasperación. Para no correr más riesgos, el joven Shade resolvió mostrarse contundente. Descargó un brutal mazazo con su puño derecho en el hígado de Wilburn, a través del liviano tejido de su traje presurizado. La tela plástica se hundió blandamente bajo el impacto. Wilburn se dobló con un jadeo ronco. Sin piedad, Darryl le pegó de nuevo, esta vez en la nuca. El otro se desplomó como fulminado a sus pies.

—Lo siento, amigo —masculló el joven médico espacial—.

No podía hacer otra cosa para evitar que cometieras una locura...

Respiró hondo y miró a su alrededor. Comprendió muy bien la demencia momentánea de Wilburn para desear morir junto a sus seres queridos. El espectáculo era demoledor. Aunque ni siquiera había conocido a aquellos desdichados, Shade se estremeció, palideciendo y apoyándose en la pared.

La extraña muerte y su rápida e inexplicable corrupción había sorprendido a la mujer junto a sus hijos. Tuvo tiempo sin duda de rodearles con sus brazos, amorosamente, tratando de defenderles de algo que, posiblemente, ni ella misma llegó a conocer con exactitud. Los tres cuerpos yacían en medio de la sala, juntos entre sí. Los dos esqueletos más pequeños, cubiertos de ropas y de hediondez, rodeados por los brazos descarnados de la mujer. El cabello de los tres era blanco y lacio. Sus rostros causaban pavor.

Respiró con fuerza otra vez, se inclinó y cargó con Wilburn,

llevándolo en sus brazos al exterior. Alcanzó el centro de la plaza circular, totalmente vacía. Depositó allí a su compañero en el terso suelo plástico, y esperó, mirando en torno con expresión sombría.

Nada. Ni una voz, ni un movimiento, ni un sonido, salvo el incongruente fondo musical que pretendía dar un clima de normalidad terrestre a la colonia espacial. Nunca esa música sonó más absurdamente que en estos trágicos momentos.

Cuando Wilburn despertó, poco más tarde, parecía aturdido, confuso, sin saber siquiera dónde se hallaba. Sacudió la cabeza, miró en torno suyo con ojos turbios. Finalmente pareció recordar. Miró a su compañero. No había rencor en su mirada.

—Gracias, Shade —susurró.

Luego, se echó a llorar desconsoladamente.

Darryl le dejó desahogarse sin pretender interrumpir su estallido de dolor en ningún momento. Transcurrieron así varios minutos. Finalmente, cedió el llanto. Wilburn se incorporó lentamente ayudado por Darryl. Ambos hombres se miraron en silencio. El rostro del infortunado era patético.

—Gracias otra vez —murmuró—. Iba a hacer una locura.

—Sí, iba a hacerla. Pero le comprendo, Wilburn. Le comprendo muy bien.

—¿Les vio usted?

—Sí. Dejemos eso. Ya no tiene remedio. Hay que marcharse de aquí. Y lo antes posible. No me gusta esto.

—¿Qué..., qué teme? —preguntó sordamente su interlocutor.

—No lo sé. Es algo indefinible, maligno. Está en el aire. Casi puede respirarse. Pero no sé lo que es. Algo mató a toda esta gente así, de súbito, sin darles tiempo siquiera a comunicarse con la Tierra, a informar de lo que sucedía. No sólo es horrible el hecho de que perecieron en poco tiempo, sino de la forma en que murieron. Pero eso ya nadie puede evitarlo ni arreglarlo. Vamos, Wilburn.

—Me hubiera gustado, al menos..., sepultar a mi familia.

—¿Sepultarla? ¿Dónde? Esta es su tumba y su ataúd, Wilburn. Los de todos los que aquí vivían. Algo les exterminó de repente, sin previo aviso. Tal vez nunca sepamos lo que fue exactamente. Pero sea lo que

sea, está aquí, sigue aquí. Cuanto antes nos marchemos, será mejor para los dos, créame.

—Tiene razón. Estoy avergonzado de mí mismo. He sido muy débil...

Le miró largamente y Wilburn a él. Alargó su mano. Ambos se las estrecharon, a través de los guantes ligeros y herméticos de sus indumentarias presurizadas. Hubo calor y afecto en ese saludo espontáneo de los dos hombres.

—Sí —dijo Wilburn, decidido—. Vamos ya.

Echaron a andar.

En ese momento, Darryl Shade oyó el llanto del niño...

* * *

Creyó haber oído mal. Se puso rígido, aguzando el oído. Ahora había silencio. Miró a Wilburn. Pero él también había captado algo. Le estaba mirando, perplejo.

—¿Usted también ha..., ha oído...? —comenzó el funcionario federal.

—Sí —afirmó Darryl—. Lo he oído.

—Era..., era el..., el...

El llanto de un niño. Sí, era eso. Y estaba sonando otra vez.

Ahora ya no había dudas. Ambos podían captarlo a la perfección. No era muy lejano. Débil, apagado, trémulo. Pero un llanto infantil señalaba vida, existencia humana en alguna parte...

—Vamos —dijo bruscamente Darryl—, Hay que buscar al que llora. Suena por ahí.

Señaló otra de las calles radiales que confluían en la plaza central. Wilburn asintió. Los dos se movieron en esa dirección.

Llegaron a la zona ajardinada, pero sólo pudieron descubrir nuevos cadáveres en estado total de putrefacción. Allí no quedaba nadie con vida. Sin embargo, el llanto seguía sonando insistente, patético.

—¡Ahí! —jadeó Wilburn de repente, señalando un edificio

inmediato—, Juraría que viene de ahí…

Darryl giró la cabeza hacia donde señalaba su compañero. Descubrió en !os bajos de aquel edificio algo familiar para cualquier ciudadano de la Tierra. Un colegio.

Tenía alargadas vidrieras, asomadas al jardín convertido ahora en tétrico camposanto. Un rótulo indicaba su utilidad escolar. Tal vez los niños de la Colonia habían estudiado allí durante su vida en el asteroide metálico que circundaba la Luna.

El llanto procedía de allí dentro, no había la menor duda. Darryl Shade echó a correr hacia el edificio, seguido por Wilburn. La puerta del colegio estaba abierta. Penetraron en él. A su derecha, pudieron ver una larga aula con pupitres y un estrado con pizarra magnética para la enseñanza. Mapas celestes y de la Tierra aparecían enmarcados en las paredes, sobre paneles de vidrio luminoso.

El niño estaba allí. Ante ellos. Llorando. Mirándoles asustado, con unos ojos muy grandes y azules que les contemplaban fijamente, casi en trance hipnótico, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Pero lo más asombroso era que el niño no estaba solo. Una persona, también viva, le acompañaba en aquel único recinto donde aún existía la vida. Esa persona estaba sentada en el estrado, ante la pizarra. Les miraba fijamente, lo mismo que el niño. Pero Darryl estuvo seguro de que les miraba sin verles. Era una persona en pleno trance.

Y era una mujer.

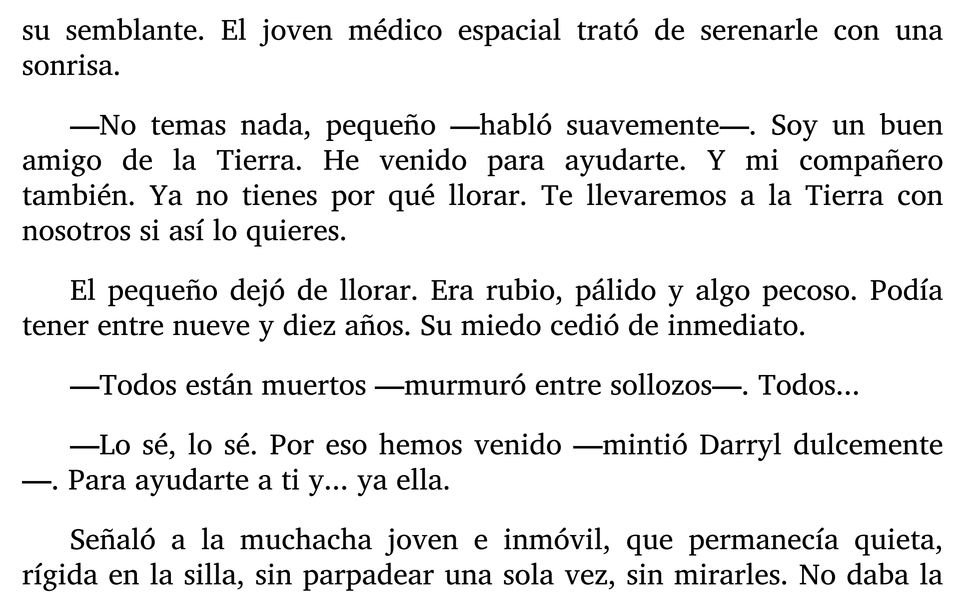
* * *

Una mujer, y muy bella. Joven y atractiva como pocas, pensó Darryl Shade, sorprendido.

Vestía un uniforme color naranja y el emblema consistente en el planeta Tierra, bordado sobre su pecho, con la letra

C del Departamento de Cultura de la Federación. Era, por tanto, una maestra. El niño que lloraba debía de ser un alumno suyo. Pero el hecho de que ambos estuvieran con vida, era un completo enigma, cuando todo a su alrededor parecía no ser otra cosa que muerte maloliente y terrible.

Darryl se aproximó lentamente a la pareja entre los pupitres. El niño tuvo un instintivo gesto de retroceso, con el miedo reflejado en



su semblante. El joven médico espacial trató de serenarle con una sonrisa.

—No temas nada, pequeño —habló suavemente—. Soy un buen amigo de la Tierra. He venido para ayudarte. Y mi compañero también. Ya no tienes por qué llorar. Te llevaremos a la Tierra con nosotros si así lo quieres.

El pequeño dejó de llorar. Era rubio, pálido y algo pecoso. Podía tener entre nueve y diez años. Su miedo cedió de inmediato.

—Todos están muertos —murmuró entre sollozos—. Todos...

—Lo sé, lo sé. Por eso hemos venido —mintió Darryl dulcemente —. Para ayudarte a ti y... ya ella.

Señaló a la muchacha joven e inmóvil, que permanecía quieta, rígida en la silla, sin parpadear una sola vez, sin mirarles. No daba la impresión de haberse enterado de su llegada siquiera.

—Sí, quiero irme —gimió el niño—. Y quiero que ella venga conmigo. La señorita Dahlia tiene que venir conmigo. No quiero que se muera.

—No se morirá, claro que no. ¿Cómo te llamas?

—Kris.

—¿Y tus padres, tus amigos...?

—Muertos —sollozó de nuevo—. Todos muertos...

—Bueno, bueno, calma —le confortó rápido Shade, apoyando una mano en su hombro—. Ya nada podemos hacer por ellos. Pero sí por ti y por la señorita Dahlia. ¿Es tu maestra?

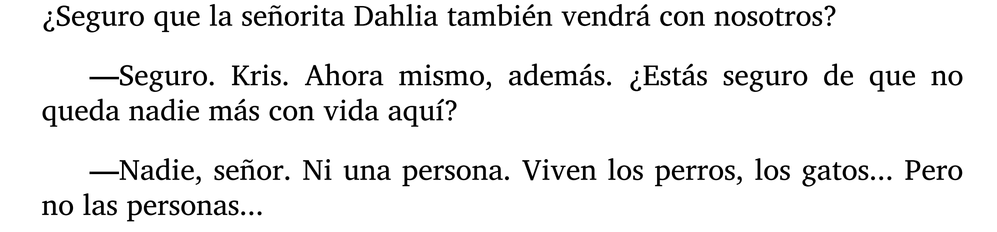
—Sí. Es muy buena... La quiero mucho. Y ella a mí.

—Lo suponía. ¿Cómo se quedó así, como está ahora?

—No sé. Ocurrió de repente. Se quedó de ese modo. No me contesta, no me oye, no hace ni dice nada... ¿Va a morirse ella también?

—No, claro que no. Estáis a salvo. Vamos a ir en mi nave a la Tierra. Te gustará mi nave. Es muy bonita y muy rápida, ¿sabes? Viajarás por el espacio...

—Siempre he soñado con viajar por el espacio. Yo nací aquí...



¿Seguro que la señorita Dahlia también vendrá con nosotros?

—Seguro. Kris. Ahora mismo, además. ¿Estás seguro de que no queda nadie más con vida aquí?

—Nadie, señor. Ni una persona. Viven los perros, los gatos... Pero no las personas...

—Ya —Darryl arrugó el ceño, sorprendido. Iba a preguntar al niño por qué ellos dos también habían sobrevivido, pero pensó que no era el momento de ponerse a hacer un interrogatorio. Cuanto antes se fuesen de allí, tanto mejor.

Fue a la mujer. Le tocó el hombro suavemente.

—Nos vamos, señorita Dahlia —dijo—. Soy médico. Vamos a salir de aquí para que los dos estén a salvo, ¿me comprende?

No pareció comprender nada. No se movió, no dijo nada, no reaccionó. Darryl examinó sus pupilas, le tomó el pulso sin que ella se resistiese. Wilburn se acercó, miró tiernamente al niño, con una contracción de dolor en su rostro al recordar sin duda a los suyos, y preguntó a Shade:

—¿Qué te ocurre?

—No sé. Está como en trance. Pudo ser un fuerte *shock*. O alguna razón que no adivino a ver clara. Pero su salud parece perfecta.

—Pero, ¿cómo? ¿Por qué ellos dos... y no los demás, Shade? —se exasperó Wilburn.

—Esa pregunta, amigo mío, aún no tiene respuesta posible. Ayúdeme a levantar a esta joven y llevarla a la nave. Kris es un buen muchacho y vendrá con nosotros sin necesidad de ayudas, ¿verdad?

—Claro —afirmó el niño, enfático—. Yo iré adonde vaya la señorita Dahlia.

—Evidentemente, la quiere mucho —comentó Shade. Y con la ayuda de Wilburn puso en pie a la maestra, que siguió sin reaccionar, aunque tampoco opuso resistencia alguna. Cada uno la tomó de un brazo y emprendieron la marcha sin problemas. El niño se cogió de la otra mano de Darryl espontáneamente.

Poco después, estaban de regreso en la cabina de aterrizaje de las aeronaves. Entraron al vehículo espacial sin que el niño ni su maestra ofrecieran rechazo alguno. Una vez dentro, el pequeño Kris pareció

embelesado ante los mecanismos y controles del aparato, que examinó con curiosidad insaciable, en tanto Darryl y Wilburn procedían a sentar en uno de los asientos a la impávida Dahlia, sujetándola con las bandas de seguridad para el despegue.

—En fin, vamos allá —suspiró Darryl—. Informaré a la base Lunar y a la Tierra de lo que sucede en Saturno Seis, durante el viaje. Luego haré un examen a fondo del estado clínico de la maestra y del niño. Quiero comprobar que sus vidas no peligran lo más mínimo.

—Sigo preguntándome por qué ellos son inmunes a esa clase de muerte —murmuró Wilburn, obstinado.

—Yo también. Ni siquiera sabemos qué fue lo que mató a los demás. Gustosamente me hubiera llevado una muestra de tejidos de esos cadáveres putrefactos para su análisis en el laboratorio.

—¿Por qué no lo hizo?

—Tuve miedo.

—¿Miedo a qué?

—No sé. A la sola presencia de una pequeña parte de esos cadáveres cerca de nosotros. Es posible que el contagio sea muy virulento. Fue una especie de corazonada, Wilburn. Por eso no quise arriesgarme.

—Ahora, tal vez nunca sabremos qué pasó realmente a bordo de ese mundo artificial.

—Tal vez. Los equipos médicos que manden de la Luna y la Tierra puede que nos den la respuesta que nosotros no encontramos. Es preferible no correr riesgos, dado lo que vimos allí, amigo mío.

—¿Y si alguno de estos dos pudiera traer consigo el contagio? —se alarmó Wilburn—. Como médico, usted sabe que hay gente inmune a un cierto virus, pero en cambio puede ser portador del mismo mal y propagarlo a los demás.

—Ya lo he pensado —suspiró Shade—, Si es así, habremos tenido mala suerte. No podíamos obrar de otro modo. Dejar allí a los dos supervivientes, hubiera sido monstruoso, inhumano. De todos modos, aún no nos hemos quitado los trajes presurizados. Sugiero que los conservemos durante todo el viaje, y hagamos nuestras comidas en el cuarto esterilizado, aislados totalmente de ellos dos, por si acaso. Pero algo me dice que no son peligrosos en ese sentido ninguno de ellos.

—Pues alguna razón tuvo que haber para que salvaran su vida.

—Sin duda la hubo. Pero ni ellos mismos la conocerán. Sólo podemos confiar en que un examen de sus organismos nos de alguna posible respuesta. Ahora salgamos de aquí. No me encontraré a gusto hasta que estemos fuera de Saturno Seis…

Puso en funcionamiento la nave. Despegaron, saliendo del asteroide por la misma compuerta por la que entraron. Cuando se alejaban de Saturno Seis, Wilburn miró hacia la pantalla donde aparecía la imagen del metálico cuerpo celeste, y se despidió amargamente, con lágrimas en los ojos:

—Adiós, queridos míos… Adiós para siempre…

CAPITULO IV

La delgada línea de luz cayó sobre los ojos del niño. Alumbró hasta lo más recóndito de sus pupilas. Los electrodos aplicados a sus sienes y otros puntos del cuerpo iban dibujando en una serie de pantallas diversos trazos zigzagueantes, regulares, que una enfermera silenciosa y eficiente iba anotando en un teclado de la computadora, grabando todos los datos clínicos que afectaban al paciente.

Darryl Shade bajó los párpados del pequeño. Luego comprobó una serie de mediciones en torno a su ritmo cardíaco, presión sanguínea y reflejos nerviosos. Suspiró, apartándose de él y echando una ojeada a la pantalla donde, de modo definitivo, iba reflejándose en cifras y datos todo el resultado del exhaustivo chequeo a que sometían al joven Kris.

—Nada —murmuró con un suspiro, meneando la cabeza—. Su salud es óptima.

—Cierto, doctor Shade —corroboró la enfermera—. Todo está correcto. El muchacho posee una salud envidiable. Ni el más leve indicio de alteración aparece en sus datos. El diagnóstico, imagino que debe de ser por completo negativo.

Aun así, pulsó una tecla de la computadora. En la pantalla se borraron todos los datos para aparecer solamente una línea de letras verdes, fosforescentes:

Diagnóstico: Estado de salud, perfecto.

Dolencias: Ninguna.

Posibilidad de enfermedad: Nula.

—Para venir de Saturno Seis, ha sido muy afortunado —comentó Shade entre dientes, hablando consigo mismo.

La enfermera le miró sorprendida, porque ella lo ignoraba todo sobre lo sucedido en el asteroide artificial. Había sido decisión inapelable de los departamentos de Salubridad Espacial y de Seguridad Colonial de UFG: todo lo sucedido allí se mantendría en el más estricto secreto, sin salir de entre los muros del edificio del

Gobierno. Darryl había sido aleccionado al respecto. No podía mencionar a nadie sobre la tragedia inexplicable de Saturno Seis. En cuanto a Lars Wilburn, había sido autorizado a abandonar temporalmente la capital de los Estados, con un largo permiso a disfrutar. Shade tenía entendido que se había ido a reunir lejos de allí, con un familiar destinado a centros de experimentación científica del Estado.

—¿Y la otra paciente? —indagó Darryl—. ¿Cómo sigue?

—Igual, doctor —respondió la enfermera.

Darryl movió la cabeza con pesimismo. Imaginaba esa respuesta de antemano. Sabía que ningún progreso se había conseguido en todo aquel tiempo con Dahlia, la maestra de escuela. Todos los esfuerzos por sacarla de su estado de trance habían sido totalmente inútiles. Ni electroshocks ni los más modernos métodos de la terapéutica electromédica habían conseguido resultado positivo alguno. Dahlia continuaba sumida en su hermético silencio, ajena a todo cuanto sucedía a su alrededor, sin reaccionar ante nada. Era como un muerto en vida. Como un vegetal.

Aun así, Darryl pasó al compartimento inmediato y se acercó a ella. Reposaba tendida en un confortable lecho, bajo la luz de una lámpara vitalizadora, y conectada a unos tubos que le suministraban alimentos líquidos, consistentes en sueros, vitaminas, proteínas e hidratos de carbono, puesto que tampoco ingería alimentos por sí misma, ni hacia nada por sobrevivir.

La examinó atentamente una vez más. Como todas las veces, el resultado era descorazonador y también desconcertante. Su estado de salud era normal, su corazón funcionaba con normalidad absoluta, sus datos clínicos eran correctos, y nada hacía suponer que le ocurriese cosa alguna fuera de lo común. Incluso su actividad cerebral era la adecuada, aunque pareciese no sentir ni pensar en nada. Los electroencefalogramas mediante ultrascanners, tampoco daba indicio alguno de anormalidad cerebral.

—Es desolador —murmuró, irritado—. ¿Qué le sucede? ¿Por qué está así? No tiene el menor sentido, enfermera.

—Lo sé, doctor. Le hemos aplicado el estimulante neurològico. Sus nervios han reaccionado con aparente normalidad, pero no ha mostrado la menor señal de nerviosismo, salvo un leve tic repetido en sus párpados y dedos. Sin embargo, como usted dice, su salud es normal, no tiene razón de ser, clínicamente hablando, que continúe en

ese estado.

—De todos modos, prosigan el tratamiento. Y avísenme de inmediato, sea la hora que sea, sí advierten alguna alteración en su estado.

—Sí, doctor. En cuanto al niño, ¿qué hacemos? ¿Lo hospitalizamos?

—Sólo de momento. Pensaré lo que hay que hacer con él. No tiene familia alguna, según me ha informado el Departamento de Censo. Será mejor que permanezca aquí un par de días, bien atendido, y luego pensaré lo que se hace con él. Ingresarlo en un Centro del Estado no creo que sea lo más conveniente para el muchacho.

—Desde luego, señor. ¿Le permitimos jugar, estudiar, hacer vida normal?

—Por supuesto. Que juegue en el jardín cuanto quiera, o en la sala de recreo. Y que vea programas de televisión o lea videolibros. Eso le distraerá bastante.

—Sí, doctor, así lo haré.

El joven médico espacial fue a su vestuario a quitarse las ropas de su tarea clínica habitual en el Centro Médico del Espacio donde prestaba sus servicios cuando estaba en la Tierra, y se cambió de ropas, tomando luego una ducha. Se sintió algo mejor y se encaminó al restaurante del Centro, a tomar algo. Karin, la bonita y alegre camarera del establecimiento, se acercó a él con ojos radiantes.

—¡Doctor Shade! —saludó—. Me alegro de verle por aquí de nuevo. ¿Cómo fue esa visita al espacio?

—Como todas. Normal —mintió tranquilamente Shade—, ¿Y las cosas por aquí, Karin?

—Terriblemente aburridas. Siempre servir comidas a iguales o parecidos clientes, soportar los malos humores de algunos colegas suyos, como el doctor Benner…

Darryl sonrió. El doctor Benner, jefe de neurocirugía y especialista en dolencias neurológicas, tenía fama de ser el más cascarrabias de todos los médicos del Centro.

—Usted tiene mucha suerte, doctor Shade —suspiró la joven camarera, moviendo la cabeza—. Poder viajar por el espacio con frecuencia, abandonar la Tierra para ir de sitio en sitio, más allá de la

Luna… Es un trabajo fascinante el suyo.

—No estoy tan seguro —rió el médico—. A veces, allá en el espacio, uno echa a faltar tus deliciosos platos de carne asada, de pescado o de verduras, Karin. Si supieras lo que es comer alimentos deshidratados durante meses enteros… Todo termina sabiendo igual.

—Aun así, me gustaría cambiar mi trabajo por el suyo, doctor —dijo ella, inclinándose hacia él. Eso hizo que su escote pronunciado permitiera a Darryl apreciar la excelencia turgente de sus bien desarrollados senos—. ¿Qué va a comer hoy?

Darryl echó una ojeada a la carta del día. Eligió un consomé de ave, algo de pescado al horno y carne en salsa con verduras. Para postre, se inclinó por el puding de limón.

Karin se alejó, taconeando como ella sabía hacerlo. Tenía unas hermosas piernas, pensó Darryl, siguiéndola con la mirada. Su brevísima falda, muy corta sobre los muslos, a la moda, permitía descubrir toda la espléndida longitud y firmeza de sus carnes hasta el minúsculo slip.

Recordó en ese momento que había pasado mucho tiempo sin ver más mujeres que a las habitantes de colonias, en su mayor parte casadas y ya con varios hijos. Y también a Dahlia, que era como contemplar un hermoso maniquí desprovisto de calor humano. Karin era algo distinto. Vivo, palpitante, cálido. Demasiado cálido, quizá. Era fácil advertir en ella su inclinación hacia los varones, que en el caso de él era todavía más acentuado.

Cuando hubo comido se sintió mejor. Pagó su cuenta mediante una tarjeta de crédito y luego rogó a Karin:

—¿Quieres sentarte un momento conmigo?

—No lo permite el reglamento, pero… —miró en torno y se encogió de hombros con una sonrisa picara—, Claro que me sentaré unos minutos, doctor…

No lo hizo frente a él, sino a su lado. Y tan apretadamente, que su muslo tocó la pierna de Darryl, y sus senos se pegaron al brazo del médico. Este notó la dureza opulenta de los mismos.

—Siempre te he visto aquí, Karin, sirviendo las mesas del restaurante —dijo—. ¿Qué tal si nos conocemos algo mejor fuera de aquí? Eso suponiendo que no tengas novio o compromiso alguno…

—No, no, nada de eso —rechazó ella, riendo, y abrió mucho los

ojos, inclinándose hacia él. Eso hizo que, virtualmente, sus generosos pechos casi rebosaran de su ropa, para desplomarse sobre el torso de Darryl—. Me encantaría ir con usted a alguna parte y charlar de mil cosas, sin tener que someterme a las normas de mi trabajo en este lugar, doctor Shade.

—Excelente. ¿Qué te parece hoy?

—Mejor que mañana. A las ocho salgo de aquí. ¿Quizá es demasiado tarde?

—No, no. Mañana es mi día libre. A las ocho te estaré esperando, Karin.

—No faltaré, palabra. ¿Frente al Centro, en los jardines públicos?

—Eso es. Iremos a cenar a cualquier sitio por ahí. Un lugar donde haya música y manjares especiales. ¿Buena idea?

—Estupenda, doctor —rió ella, incorporándose feliz.

—Ah, con una condición —le interrumpió él—. Nada de llamarme «doctor» en toda la noche. Solamente Darryl, ¿de acuerdo, Karin?

—De acuerdo, Darryl —y le guiñó un ojo, alejándose de nuevo con su contoneo de caderas—. Hasta las ocho en punto.

* * *

Como temiera en principio, fue una conquista fácil. Karin cenó con él en un lugar sofisticado, donde flotaban burbujas de colores al compás de música melodiosa y suave, bailaron muy apretados los dos, y terminaron tomando unas copas en un club nocturno muy conocido. Después de eso, Karin se mostró excesivamente voluptuosa e insinuante, y le invitó a tomar una copa en su casa.

Darryl aceptó, naturalmente. Y no regresó a dormir a su propia casa. Karin le atrajo a su propio lecho, y cuando quiso darse cuenta, ella se había despojado de todas sus ropas, mostrándole la esplendidez de su cuerpo sinuoso. Un hombre, en esas circunstancias, no puede hacer otra cosa que seguir el curso de los acontecimientos o quedar como un imbécil o algo peor ante la chica de turno.

Clareaba el día cuando se durmió en brazos de la exuberante muchacha, realmente exhausto.

Y entonces llegó la llamada.

Como todos los médicos del Centro de Medicina Espacial, llevaba consigo un pequeño microemisor que emitía un sonido agudo y repetido, como el de un despertador, alertándole de que debía tomar el teléfono más inmediato y llamar al Centro por alguna urgencia.

El microemisor comenzó su bip-bip-bip irritante cuando empezaba a conciliar el sueño, apoyado en uno de los magníficos senos de la muchacha. Jurando entre dientes, somnoliento, se puso en pie y fue, tambaleante, hacia el teléfono de la chica. Ella le miró desde las sábanas, disgustada.

—¿Qué ocurre ahora, querido? —murmuró.

—No lo sé. Pero debo llamar al Centro de inmediato. Es lo malo de ser médico. No le dejan a uno en paz jamás. Ni siquiera cuando está junto a una chica bonita.

Karin sonrió, halagada, y no objetó nada más. Darryl descolgó el videófono y marcó el número en el teclado con rapidez. El rostro de la telefonista de turno apareció en la pantallita del aparato.

—Centro de Medicina Espacial. ¿Con quién desea hablar?

—Con urgencias. Soy el doctor Shade. Me han requerido para una llamada.

—Entiendo, señor —afirmó la telefonista, mirándole con cierta sorna en su propia pantalla—. Le pongo en seguida. No se retire.

La imagen cambió, mientras Darryl se cubría rápidamente con su camisa para no mostrar de nuevo su torso desnudo, como a la telefonista. Apareció en la pantalla nada menos que el rostro adusto y malencarado del doctor Banner, de Neurocirugía. No parecía estar en su mejor momento.

—Por todos los diablos, doctor Shade, perdone que le importune en su día libre, pero esto no puede esperar —se expresó con su habitual acritud—. Venga aquí de inmediato. Le necesito en mi pabellón.

—Iré en seguida, doctor. ¿Ocurre algo malo?

—Muy malo, Shade. Lo entenderá cuando venga. Creo que es usted el único de este Centro que puede entenderlo. No se demore o llegará demasiado tarde.

Preocupado por el tono apremiante del famoso cirujano, Darryl corrió a vestirse, ante la desolación de Karin, que puesta sobre un

codo en la cama, le contempló tristemente, sin importarle mostrar de nuevo su desnudez.

—¿Debes irte? —murmuró—. Era tan feliz ahora, contigo…

—Yo también. Nos veremos otro día. Ocurre algo grave en el Centro. No puedo quedarme, y bien que lo siento. Después de todo, yo tampoco he dormido…, aunque valió la pena —terminó, dirigiéndole una sonrisa y un guiño.

Se duchó y vistió en breves minutos, dio un beso a Karin, evitando que le enzarzase en sus brazos seductores otra vez, y corrió en su vehículo a turbinas hacia el Centro.

Cuando llegó, subió como una exhalación al pabellón de Neurocirugía y Neurosis Espacial del doctor Banner. Observó una cierta agitación en el personal sanitario, que le dirigía miradas entre perplejas y preocupadas. Aquello no era normal en un sitio donde la gente estaba harto habituada a tratar los más graves e inesperados casos clínicos.

Por fin, el propio doctor Banner emergió de un quirófano de emergencia y le hizo un gesto, con sus manos enguantadas, para que acudiese. Un par de enfermeras le cubrieron de inmediato con una bata y un gorro con mascarilla esterilizados al vacío, y le aplicaron guantes especiales de doble protección antibacteria.

Penetraron en el quirófano los dos hombres. Bajo la acogedora luz de la lámpara, en la mesa de operaciones, yacía un cuerpo humano, totalmente cubierto por una sábana. Varios médicos más y enfermeras rodeaban al paciente, en medio de un hosco y profundo silencio. Darryl avanzó hacia la mesa de operaciones, sobresaltado.

—Cielos —murmuró—. ¿Está…?

—¿Muerto? —el doctor Banner meneó afirmativamente la cabeza —. No pudimos evitarlo. Se nos quedó entre las manos por necrosis cerebral, Shade.

—¿Necrosis cerebral? —se sorprendió Darryl, mirando al cirujano por encima de su verde mascarilla—. ¿Quiere decir que su cerebro dejó de funcionar por necrosis de sus células?

—Algo así. En realidad, no fue sólo su cerebro el que sufrió necrosis rápida, Shade. Mire esto… y no se asuste.

Tiró de la sábana. Darryl se inclinó sobre el cuerpo tapado. Lanzó un ronco grito de horror, a pesar de que no era la primera vez que se

enfrentaba a aquello.

—¡Oh, no! —gritó—, ¡*Aquí* no!

El doctor Banner le miró fijamente, mientras Darryl permanecía absorto en la contemplación de aquel cuerpo crudamente expuesto a la luz del quirófano, mortalmente lívido.

—Sabía que no era la primera vez que veía esto —dijo sordamente el cirujano—. Dígame, doctor Shade. ¿Dónde vio antes de ahora ese mismo horrible espectáculo?

La respuesta de Darryl Shade fue breve, expuesta con voz quebrada y ronca:

—En..., en la colonia Saturno Seis. Todos murieron allí igual que este hombre, aunque el secreto no se puede propagar.

* * *

Era la misma forma de necrosis total.

Idéntico cabello blanco y ralo en un cráneo descarnado a medias, igual espantosa aparición de los huesos faciales bajo una carne que se caia a trozos, putrefacta ya. El cuerpo desnudo era una hedionda masa de carne purulenta, de vísceras podridas, de huesos que emergían entre jirones de tejidos muertos y corrompidos. Un hedor creciente se iba apoderando de la sala quirúrgica, pese a que los propulsores automáticos de ambientación funcionaban a plenitud.

—De modo que ocurrió algo en Saturno Seis que no se ha hecho público —habló lentamente el doctor Banner, mirando a su joven colega—. Lo sabía. Estuve seguro de ello desde el principio, desde que usted fue encargado exclusivamente de los cuidados a ese niño y a esa joven en estado de trance, sin pasar por mi consulta. Les examiné cuando usted no estaba, Shade, aunque eso sea éticamente reprochable... Comprobé que su diagnóstico sobre ellos era correcto. Pero eso no tenía sentido, Y el niño estuvo a punto de referirme algo, pero luego cambió de idea y se puso a responderme con evasivas. Desde ese momento estuve seguro de que algo grave, declarado de alto secreto por el Estado, ocurrió en aquella colonia espacial. ¿Fue esto mismo lo que usted vio allí, doctor?

Darryl vaciló, entre su propia conciencia profesional y las órdenes recibidas del Gobierno Federal. Banner le insistió con dureza:

—Tenga en cuenta de que aquí ha ocurrido un caso, y

clinicamente no puedo definirlo ni catalogarlo. Está obligado a romper su silencio, colega, le guste o no. Asumo toda la responsabilidad al respecto.

—Tiene usted razón, doctor Banner. No es justo callarlo ya. Vi a muchos como este desdichado allá arriba, en Saturno Seis.

—¿A cuántos, exactamente?

—A todos…, menos el niño y la muchacha en trance.

—Dios mío… —el rostro del cirujano se demudó—. Eso es terrible… ¿Cómo pensaron nuestros gobernantes en guardar silencio? ¿Es que creen que somos niños?

—Los gobernantes siempre piensan del pueblo que son niños, doctor —sonrió amargamente Darryl—, Hemos avanzado en muchas cosas en estos últimos siglos…, menos en libertad personal.

—¿Pudo descubrir alguna razón para que esto ocurriera allí?

—No, ninguna, señor. Yo mismo estuve allí y me he examinado clínicamente mediante un riguroso chequeo. No hay nada alarmante en mi estado de salud. Tampoco en el de mi compañero de viaje en esa expedición.

—Entiendo. Y por lo que he comprobado, tampoco en esas dos personas supervivientes, el niño y la joven.

—Así es, doctor Banner.

—Sin embargo, ese hombre, que *nunca* estuvo en Saturno Seis —señaló al muerto y putrefacto en la mesa de operaciones—, ha muerto en escasos minutos, víctima de una necrosis progresiva e inexplicable, que comenzó por las células de su piel para terminar en las de su cerebro, la necrosis es tan rápida e intensa, que no sólo se mueren de inmediato los tejidos, sino que el estado gangrenoso se desencadena en escasos instantes, corrompiendo el cuerpo aun cuando todavía alienta, por supervivencia cardíaca y cerebral. Minutos después se produce la muerte definitiva.

—Sí, me di cuenta de eso, señor —suspiró Shade, demudado—. Atendí a un moribundo en Saturno Seis. Ya estaba, putrefacto… y aún vivía.

—¿Le dijo algo?

—Poca cosa. Me pidió ayuda para no morir tan rápida mente. Es

cuanto dijo.

—Sí, ese pobre diablo también murmuró algo semejante, en su breve agonía. El proceso necròtico total duró apenas once o doce minutos. Intentaremos averiguar si se trata de una bacteria, un virus o cualquier otro agente. Pero sea lo que sea, doctor Shade, algo es evidente: el mal que acabó con la colonia Saturno Seis ha llegado hasta la Tierra.

—Lo sé. Y lo más terrible, doctor Banner, es que *sólo nosotros* hemos podido ser, de un modo u otro, los agentes portadores del mismo...

CAPITULO V

Aquella misma tarde se produjo el segundo caso de necrosis fulminante.

Un hombre fue ingresado en el Centro, víctima de un raro mal, consistente en la escamación rápida y dolorosa de su piel, la aparición de unas ampollas que al reventar despedían un fuerte hedor y la pérdida rápida del cabello, que blanqueaba de súbito inexplicablemente.

Banner y Shade supieron de inmediato que estaban ante otro caso de necrosis total, aunque progresiva, iniciada también en la epidermis, como en los demás casos. Pronto se extendió a las células nerviosas, provocando la muerte paulatina y rápida de las neuronas, paralizando parte de sus miembros, y comenzando a presentarse supuraciones y zonas gangrenosas internas en las extremidades. En medio de intensos dolores, las vísceras iniciaban igualmente su ciclo fatal.

El primer afectado por la necrosis había sido un funcionario metropolitano y el segundo era un operador de televisión. Ninguna relación existía entre ambos hombres. Ni siquiera se conocían entre sí.

—Es incomprensible —declaró Shade, tras solicitar una inmediata audiencia con el secretario de Estado para la Salubridad Pública, al dirigirse a este importante funcionario gubernativo—. La epidemia está aquí y no podemos ocultarla ya a la gente, señor. Los casos que se producen no son de una misma familia ni de un mismo círculo. Los dos pacientes registrados hasta el momento no tenían relación entre sí. Ni la tuvieron jamás conmigo ni con Wilburn. De modo que si existe un virus o lo que sea, capaz de propagar la epidemia, ha de ser algo que vaya en el aire mismo, como el polen de las flores. Yo no vi nunca a ninguno de esos hombres ni frecuenté sus círculos habituales, para propagarles dolencia alguna. Y los dos únicos pacientes que sobrevivieron en Saturno Seis están ahora hospitalizados, sin que en el centro se haya realizado caso alguno hasta el momento. Por tanto, insisto en mi teoría de que no somos los seres humanos quienes propagamos el mal.

—¿Qué puede ser entonces? —demandó el secretario.

—No lo sé, señor.

—Pero usted es médico, debe tener una teoría, la que sea...

—No tengo ninguna, señor, y eso que he visto con mis propios ojos a centenares de seres víctimas de esa horrible necrosis fulminante, y estoy tratando a las dos únicas personas que sobrevivieron en medio del total exterminio de sus conciudadanos de Saturno Seis.

—De todos modos, no podemos revelar lo que sucedió allí, doctor —rechazó de plano el secretario—. Eso provocaría el pánico en las demás colonias… e incluso podría frenar el programa espacial y sus presupuestos, por presiones populares…

—Señor, es preciso informar a la gente de lo que le amenaza, ocurra lo que ocurra con los malditos presupuestos y con la moral de las demás colonias.

—¡Doctor Shade! —se expresó el político con acritud—. Le prohíbo que venga aquí a darme órdenes a *mí*. Es una decisión de Estado, y se cumplirá a rajatabla, le guste o no. Si difunde usted noticias alarmistas, puede perder su licencia médica e incluso incurrir en un delito de insubordinación contra las leyes del Estado.

—¿Qué debo hacer, entonces? ¿Seguir callando, ocultando a la gente la posibilidad de que mueran a millares, víctimas de esa espantosa dolencia que desconocemos?

—No, Shade. Deberá actuar, como si fuese una epidemia normal cualquiera. Adviertan a la población, traten de hallar vacunas o antídotos, lo que sea. Movilicen todos los recursos médicos existentes. El Departamento de Salubridad será puesto en estado de máxima alerta. Pero nada de mencionar lo sucedido en Saturno Seis. Le va en ello su carrera… e incluso la libertad. Piénselo bien antes de cometer un error, doctor Shade. Puede retirarse. Después de todo, sólo son dos casos en el mundo. No es para alarmarse demasiado, ¿no cree?

El bip-bip del microemisor de Shade sonó en ese momento. Ràpido, fue al visófono del secretario de Estado para Salubridad Pública, y sin pedir siquiera permiso, ante la irritación de él, marcó el número del Centro Médico Espacial. Cuando colgó, su rostro estaba demudado. Miró frío, casi agresivamente, al político y le espetó con dureza:

—¿Dijo *dos* casos, señor? Me informan de que se han detectado ya en esta sola ciudad unos treinta y siete casos comprobados… Pensé que eso le interesaría saberlo, antes de retirarme.

Y salió sin añadir más, cerrando tras de sí con cierta violencia.

El altivo funcionario arrugó el ceño, descolgó a su vez el visófono

y marcó un número especial. Se expresó con respetuosa frialdad cuando le atendió una secretaria:

—Quiero hablar personalmente con el señor presidente. Sí, es urgente. Muy importante. Un caso de posible epidemia mortal. Y también relativo a cierto joven doctor que interesa neutralizar como sea...

* * *

Kris levantó la cabeza dejando de jugar con la pelota sobre el verde césped, para mirar con interés y afecto, a su visitante.

—Hola, Darryl —saludó—. Creí que te habías olvidado de mí.

Shade sonrió, moviendo negativamente la cabeza. Acarició la cabeza del niño tiernamente.

—No es fácil que te olvide, muchacho —aseguró—. Sólo que tengo bastante trabajo estos días. Pero espero que lo pases bien aquí...

—Oh, sí, muy bien —asintió el niño con entusiasmo—. No me obligan a estudiar y me dejan jugar cuanto quiero. También puedo ver películas por video a menudo. Lo paso muy bien aquí.

—Eso me alegra. ¿Te encuentras bien?

—Muy bien, sí. No me siento enfermo, si te refieres a eso.

—A eso me refería. Sé que el doctor Banner, habló contigo.

—¿Ese hombre tan serio? Siempre parece enfadado. Sí, quiso sonsacarme cosas que tú me dijiste que no mencionara. Ya sabes, esas cosas de Saturno Seis... Lo que vi allí —una repentina sombra de temor asomó a sus claros ojos inocentes—, Yo no le dije nada.

—Ya So sé. Eres un buen chico. Pero quisiera hablarte precisamente de eso que te pedí antes que no mencionaras más. Ya sabes qué. ¿Seguro que no vas a pasar mal rato si te recuerdo aquellos momentos en la colonia?

—No, espero que no —el niño tragó saliva, inquieto—. Te refieres a..., a los que murieron de aquel modo?

—Sí, exactamente a ellos me refiero —se inclinó, poniéndose en cuclillas junto al pequeño, tomó ¡a pelota y se la lanzó a las manos—. Se han producido aquí, en la Tierra, varias muertas parecidas.

—¡Oh, no! —el niño perdió la pelota, mirándole sobresaltado—, Eso es horrible.

—Lo es, Kris. Estamos asustados. Nadie sabe cómo ha empezado eso aquí. ¿Sabes tú cómo empezó en Saturno Seis? Puedes recordar algo al respecto, oíste alguna conversación que pudiera poner esto en claro? Puede ser muy importante para detener la epidemia… o lo que sea, conocer su exacto origen, el modo en que empezó a desarrollarse el fenómeno.

—Lo siento, Darryl. No sé nada —confesó el muchacho, entristecido—. Sólo sé que empecé a ver morir así a gente, incluso a mi propia familia… y no podía hacer nada por evitarlo.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos al llegar a ese punto. Era evidente que resultaba muy doloroso para el infortunado Kris evocar la tremenda experiencia vivida en el satélite de la Luna, al ver exterminada a su familia por aquella forma de muerte progresiva e implacable. Darryl lamentó ahondar en esas cicatrices aún sangrantes. Se limitó, sin embargo, a hacerte preguntas escuetas al pequeño, para tratar de llegar a alguna parte con el mínimo daño moral posible para éste.

—Lo sé, hijo, lo sé muy bien —suspiró—, Pero si recordases algo especial, algo que se te hubiera podido pasar por alto tal vez sería orientativo…, tal vez nos sirviera de algo, no sé… Es difícil de aclarar, pero ¿tenéis relación con alguien de los que murieron *antes* que tu familia?

—Sí, teníamos muchos amigos en Saturno Seis. Yo, sobre todo. Amigos en el colegio, en casa, en el deporte… Jugábamos juntos en un equipo de béisbol de Saturno Seis, al que llamábamos Nueva América… Varios de mis compañeros de juego murieron antes de perecer mis padres y tíos… Sobre todo, recuerdo muy bien a Mitch…

—¿Mitch? —tos ojos de Darryl Shade se entornaron, fijos en su joven amigo. Le puso una mano en el hombro y trató de mostrarse persuasivo y confortante a la vez—. Dime, ¿quién es ese Mitch?

—Nuestro mejor bateador. Un auténtico fenómeno, Darryl, Si le hubieras visto…

—Mitch… —repitió otra vez Shade—. ¿Murió pronto?

—Muy pronto, fue de los primeros, El, su familia toda…

—Dime, Kris… ¿Sabes qué apellido tenia Mitch, ese amigo tuyo?

—Claro. Se llamaba Mitch Wilburn. Su padre era empleado del Gobierno Federal o algo así, según creo... Tenía un hermano mayor llamado Doug, que también murió... ¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada... —se incorporó, pensativo—, ¿Erais muy amigos?

—Mucho, sí, casi siempre estábamos juntos.

—¿Estuviste con él a menudo antes..., antes de ocurrirle lo que le ocurrió?

—Claro. Justo hasta el día antes, lo recuerdo muy bien. Jugamos un partido contra tos Spacial Yankees, nuestros eternos rivales. Ganamos nosotros, por siete a cinco. Luego nos fuimos por ahí a tomar refrescos y helados para celebrar la victoria. Nos despedimos muy tarde, a la hora de cenar casi. Iba preocupado por si le regañaban en casa. Además, le dolía un poco la cabeza. Bueno, le dolía bastante. En la tienda de helados pidió una aspirina y se la tomó delante mío, pero no le calmó nada. Yo pensé que era cansancio, por los nervios del partido... Cuando se fue, se quejaba aún de ese dolor de cabeza.

—¿Dónde dijo que le dolía exactamente, si es que lo dijo, Kris? —se interesó vivamente Darryl.

—Bueno, espera... Sí, ya recuerdo —se tocó con ambas manos tras las orejas, junto a la nuca—. Decía que, sobre todo, le dolía aquí... Movía el cuello quejándose.

—¿Sólo notó esos dolores el día del partido?

—Que yo sepa, si —miró con los ojos muy abiertos al joven médico—. ¿Es que eso puede tener importancia?

—Todo puede tenerla, hijo. Tal vez me hayas dado una pista, no lo sé aún a ciencia cierta. ¿Has visto últimamente a la maestra?

—Si, hace un rato. Pobre señorita Dahlia... Parece que no está en este mundo...

—Sí, es cierto. Y me sigo preguntando por qué... Ahora me voy, pero recuerda esto: si sintieras el más leve dolor de cabeza, avisa a los doctores en seguida. A cualquiera de ellos. Les dejaré instrucciones para que me avisen en caso de urgencia.

—Lo tendré en cuenta, Darryl. ¿Crees que yo también enfermaré y moriré? —preguntó con emotiva ingenuidad.

Shade lo atrajo hacia sí y lo abrazó, acariciando sus cabellos con

dulzura, al tiempo que murmuraba:

—No lo sé, hijo. Espero y confío en que no sea así. Si allá arriba te respetó ese mal, no hay motivo para pensar que aquí no suceda lo mismo... Estáte tranquilo y confía en Dios. Ah, si vieses a alguien que se queja de iguales dolores que tu pobre amigo Mitch, no dejes de informarme también con igual urgencia.

El pequeño Kris asintió. Darryl le palmeó cariñosamente y se alejó del jardín del Centro Médico, disponiéndose a buscar donde quiera que estuviese a una persona que podía tener interés en saber ciertos detalles de aquella dolencia extraña y aterradora. Alguien que, quizá, también conociera, sin él mismo saberlo, algún dato relativo a la forma de morir la gente de Saturno Seis...

Esa persona era su compañero en su último viaje espacial, Lars Wilburn, el padre de Mitch, aquel amigo de Kris que sintiese el premonitorio dolor de la cabeza.

* * *

—Lo siento, doctor. El señor Wilburn está ausente y tardará varias semanas en regresar.

—Lo sé —asintió Darryl, mirando a la fría y rutinaria empleada del Departamento de Inspección Federal para el Espacio Exterior que le atendía tras el aséptico mostrador plastificado, bajo las luces crudas y verticales de las oficinas—. Pero quisiera saber dónde hallarle. Es para un asunto personal importante.

—No podemos dar información privada sobre nuestro personal, lo lamento mucho —expuso la mujer rubia y bien parecida, con una expresión tan gélida como si estuviera modelada en hielo puro—. Pero si tan urgente es, facilíteme la información y la pasaré a mis superiores para que ellos decidan si necesitan comunicarse con el señor Wilburn de inmediato. Es cuanto puedo hacer por usted.

—No es mucho, la verdad —confesó el joven médico con sequedad —. No se moleste, gracias. Procuraré hallarle por otros medios.

Se dispuso a salir de las oficinas cuando la voz de la empleada le detuvo:

—Claro que si me pregunta usted por la ubicación exacta de los Centros Experimentales del Estado, no podría negarle mi información al respecto —recitó con significativa ironía.

—Ya —se volvió estudiando la figura alta y no exenta de atractivos de la empleada gubernativa, con uniforme gris azulado—, Señorita, ¿sería tan amable de informarme dónde están los Centros Experimentales del Estado?

—Por supuesto —afirmó ella, pulsando un teclado tras la mesa y señalando un mapa luminoso de la región, situado tras ella, cubriendo totalmente el panel de la oficina—. Verá su emplazamiento exacto ahí, en ese mapa. Lo dirige el profesor Clive Warlock, que casualmente es pariente cercano del señor Wilburn.

En el mapa apareció una luz roja parpadeante, en determinado lugar, Darryl anotó la zona iluminada y el nombre de la población más cercana: Scienceville, o Villa de la Ciencia. Sonrió, mirando a la empleada. Los ojos azules de ésta mostraron por primera vez un brillo risueño al cruzarse con los suyos.

—Gracias, preciosa —dijo suavemente Shade—. ¿Puedo pagarle de alguna forma la información tan amable?

—Si quiere… —suspiró ella, encogiéndose de hombros—. Termino la jornada de trabajo a las cinco…

—Mañana a las cinco estaré aquí, sin falta —prometió Shade—, Hoy no podría ser. Voy a hacer un rápido viaje a Scienceville.

—Lo imaginaba —sonrió ella, tocándose los cabellos dorados con picardía—. Mañana, doctor. No falte. No se arrepentirá.

Darryl salió de la oficina diciéndose que últimamente se le daban muy bien los romances con chicas atractivas. Casi se congració con la fría máquina burocrática del Estado.

Tomó un autobús regular con destino a Scienceville. En sólo una hora alcanzó la población. Era pequeña y sin gran relieve por sí misma. Pero la vecindad de los grandes laboratorios de los Centros Experimentales del Gobierno Federal daban una vitalidad a la pequeña ciudad provinciana, había mucho comercio y establecimiento hotelero, y gran profusión de visitantes relacionados más o menos directamente con los programas científicos del Estado.

Almorzó algo en un pequeño restaurante repleto de gente, la comida fue floja y demasiado cara. Un microbús aéreo de línea le llevó a la terminal de los Centros de experimentación científica financiados por el Gobierno Federal. Una serie de indicativos explicaban gráficamente a los visitantes cómo acudir a las diversas instalaciones abiertas al público o visitar los puntos asequibles a la

gente ajena a las instalaciones.

Buscó el nombre de Clive Wilburn. Lo encontró en la sección de Experimentación Biogenètica Espacial. Las horas de visita terminaban justamente media hora después. Se apresuró para, entre una riada de curiosos, cruzar el tubo cristalino, sobre una banda rodante, hasta un ascensor que le condujo rápidamente a la planta dirigida por el profesor Warlock, el familiar de Wilburn.

Tuvo que esperar un turno durante casi los treinta minutos restantes. Cuando se iba a agotar el tiempo reglamentario y los altavoces pedían a los visitantes que comenzaran a desalojar las instalaciones, sonó una sirena indicando el fin de las visitas. En ese preciso instante cruzaba Darryl la puerta de acceso a la sección y un funcionario manifestaba fríamente a los demás:

— Este caballero es el último en ser recibido por hoy. Pueden dispersarse, por favor. Nadie más podrá ya pasar hasta mañana.

Decepcionados, muchos se alejaron. Algunos pretextaron ir por motivos urgentes y oficiales. A todos los despachó de forma implacable, sin atender a razones y sin conceder la más mínima excepción.

—Pase, señor —le rogó un empleado, tras insertar en la ranura de un detector electrónico su tarjeta de identificación—. El profesor Warlock le recibirá de inmediato. Sólo tiene diez minutos de entrevista, recuérdelo. Ni uno más.

Asintió Shade, recuperando su tarjeta y pasando a un pequeño despacho circular, donde se acomodó. Momentos después, un hombre alto, delgado, de cabello canoso, bien cuidado, afables ojos grises y fácil sonrisa en un rostro sereno y tranquilo, se reunía con él, tendiéndole la mano cordialmente.

—Soy Clive Warlock, encargado de la dirección de esta sección de experimentación. Usted me dirá qué desea exactamente de mi, doctor Shade. El informador me ha notificado que es usted médico espacial...

— Así es, profesor, pero no estoy aquí por motivos profesionales.

—¿Ah, no? —enarcó las cejas el sabio, sorprendido—. ¿Por qué, entonces?

—Busco a un pariente suyo, al inspector federal Wilburn.

—Oh, el bueno de Lars —sonrió el inspector afablemente—. ¿Es amigo suyo?

—En cierto modo. Viajamos juntos en mi última travesía profesional por el espacio.

—Entiendo —los ojos grises se tornaron graves, muy fijos en Shade—. Usted es el compañero de quien me habló... Mencionó también algo sucedido en una de las colonias, algo que el Gobierno le prohibió mencionar... Alto secreto, según creo.

—Así es. Y es la razón de mi presencia aquí. Tengo que ver con la máxima urgencia a su pariente...

—Mi primo Lars ya no está aquí —rechazó el profesor con calma—, se fue ayer, doctor.

—Oh, cielos... ¿Sabe dónde?

—Me temo que no pueda ayudarle. No le gustaba permanecer aquí conmigo. Optó por viajar a alguna parte tranquila, lejos de la gente y del ajetreo... Pero ni siquiera quiso decirme dónde... Me temo que no podré darle la menor orientación al respecto.

—Oh, no. Eso es lo peor que podía suceder.

—De veras lo lamento. Quisiera poder serle útil, pero me es imposible, palabra. ¿Ocurre algo grave?

—Muy grave. Algo que debo discutir de inmediato con su primo Lars.

—¿Se relaciona acaso con...?

—Sí —afirmó Darryl, tajante—. Se relaciona con lo ocurrido en Saturno Seis. Creo que, pese a todo el silencio oficial, él ha tenido que contarle algo. De alguna forma le habrá justificado, en todo caso, el fin de su familia...

—Tiene razón —asintió el profesor Warlock, bajando la cabeza con gesto taciturno—. Sí, me lo contó. Espero que esto no trascienda nunca. Le castigarían por ello, doctor, usted lo sabe. Tenemos un sistema de gobierno muy rigido en esas cosas. Lars me refirió el extraño suceso que asoló la colonia y le dejó sin familia. Pobres Mitch y Doug, pobre Helen... Fueron víctimas de ese horror inexplicable. Siempre he sostenido que el espacio sigue siendo para todos un gran desconocido, pese a los avances de la ciencia, y que nos reserva aún muchas y desagradables sorpresas.

—Sea espacial o no el origen de la tragedia, profesor..., me temo que la tenemos ya entre nosotros —sentenció Shade roncamente.

—¿Qué? —los grises ojos amables del pariente de Wilburn se clavaron en él con repentino asombro—. ¿Qué es lo que ha dicho, doctor?

—Que hay casos de necrosis progresiva en muchos ciudadanos de la capital, profesor. El Gobierno quiere limitar la publicidad de esa epidemia sin sentido, pero dudo mucho que pueda conseguirlo. Ya se han dado muchos casos...

—Dios mío, es espantoso... ¿Han llegado a alguna conclusión examinando a los afectados?

—De momento, no. Se trabaja en el análisis de los tejidos enfermos, pero no hay nada aún en concreto ni esclarecedor. Quería ver a su pariente porque es posible que en la familia Wilburn esté una posible clave del asunto...

—¿En la familia Wilburn? —ahora el estupor del sabio parecía aún más acentuado y le miraba con incredulidad—, ¿Qué quiere decir con eso, doctor?

—Tengo motivos para pensar que la epidemia se inició muy cerca de Doug y de Mitch, sobre todo de Mitch..., sin razón aparente alguna para ello. Deseaba hablar con su primo sobre ello lo antes posible.

—Entiendo. Lástima que no pueda conducirle a él en modo alguno. Quería estar solo y aislado. Sólo Dios sabe dónde puede hallarse ahora...

—Sí, profesor, lo comprendo muy bien —suspiró Shade incorporándose—. No le molestare más. Usted, por desgracia, no me da ninguna ayuda especial. Es Lars Wilburn a quien necesito a toda costa. De todos modos, gracias por haberme recibido.

—Por favor, no diga eso. Si sé algo de Lars se lo diré de inmediato, déme su número de teléfono o visófono para comunicarme con urgencia con usted. Le deseo suerte en su tarea. A ser posible, me gustaría también examinar aquí tejidos enfermos de esa pobre gente, por si nuestros laboratorios, con todos sus avances tecnológicos, pueden ser de alguna ayuda...

—Le enviaré muestras de tejidos afectados por esa necrosis, profesor, no lo dude. Gracias una vez más —la estrechó con energía la mano antes de salir.

Warlock se quedó en su despacho y Shade regresó Scienceville, en un repleto microbús aéreo, para emprender de inmediato el retorno a

la capital en otro aerobús interurbano, igualmente lleno.

Sufrió un sobresalto cuando un videoreportaje emitió durante el viaje una noticia aterradora, que el Gobierno Federal de la Tierra parecía ya incapaz de retener o bloquear por más tiempo:

> ¡La capital sufre una mortal epidemia desconocida!
>
> Se cifran ya en ciento noventa los casos mortales sufridos, y las cifras, según Sanidad, van en aumento creciente.
>
> De un momento a otro, se harán públicas las instrucciones elementales para intentar prevenir y frenar la epidemia, por parte del estado.

Cuando llegó a la capital, el pánico parecía haber empezado a apoderarse ya de ella.

Y, lo que era peor, Dahlia había desaparecido del Centro Médico.

CAPITULO VI

—¡Desaparecida! ¿Cómo pudo ocurrir?

—No lo sabemos —confesó apurada la enfermera jefe de la Sección—. Acabábamos de hacerle el examen normal de cada día, con idénticos resultados. Le aplicamos la medicación señalada y continuó recibiendo el suero y las vitaminas correspondientes. No mostró la menor señal de reacción ni mejoría, pero tampoco había empeorado, manteniéndose estacionaria en todo momento.

—Siga, por favor.

—De repente, durante mi guardia en la Unidad de Vigilancia General, descubrí en la pantalla correspondiente a la enferma una ausencia total de indicativos del estado clínico. Alarmada avisé al servicio de emergencias, que corrió a su cámara. No estaba allí ya, y todos los tubos y electrodos se hallaban tal como los ve usted ahora, doctor.

Shade afirmó sombrío con la cabeza, contemplando en el suelo, dispersos, los tubos que mantenían la alimentación y control del estado clinico de Dahlia. Todos habían sido, al parecer, violentamente arrancados. La cama estaba ladeada, su ropa en desorden, y las conexiones con la pantalla de seguimiento de su evolución clínica, estaban rotas. En la pantalla matriz sólo se veían líneas y puntos en desorden.

—¿La buscaron bien? —preguntó.

—Por todo el Centro. Se formaron diversos grupos de enfermeros en su busca. Se registró minuciosamente cada planta y cada pabellón, sin olvidar nada. Fue todo inútil. No apareció por parte alguna. Debió burlar la vigilancia de personal y de ojos electrónicos, saliendo del edificio.

—Si hizo eso, esa jovencita es muy lista —comentó secamente Darryl.

—Debe serlo. No es fácil desconectar todos los tubos y conexiones sin provocar previamente una alarma. Hemos comprobado que inicialmente bloqueó la línea de alarma y los detectores eléctricos de emergencia para no provocar señal alguna de lo que estaba haciendo.

—Me pregunto qué sucedería en su estado para reaccionar así de

repente… —meditó, frunciendo el ceño, el joven médico. Luego recordó algo y, dirigiéndose a la enfermera jefe con más cordialidad, la interrogó—: ¿Han conservado la cinta grabada con todo el proceso clínico de la paciente, hasta la desconexión?

—Imagino que sí —suspiró ella—. No hemos tocado nada del computador central ni de sus terminales, doctor. Allí debe estar archivada toda esa grabación.

—Bien, iré a verla, gracias. Por cierto, ¿cómo sigue el pequeño Kris?

—En perfecto estado y muy feliz de poder jugar, leer y ver películas aquí —sonrió la enfermera—, Pero se enteró de lo de su maestra.

—¿Cómo reaccionó ante su fuga?

—Extrañamente. Se puso muy triste y casi irritado. No quiso comer ni hablar con nadie. Parece haberle afectado la desaparición de esa muchacha.

—Es evidente que se siente muy unido a ella, y más después de ser los dos únicos supervivientes de… —se detuvo, encogiéndose de hombros ante la mirada interesada de la enfermera—. Bueno, es igual. Juntos pasaron una terrible experiencia. Ahora, creo que ese niño siente por ella algo así como si la considerase su hermana mayor o su madre. Es un sentimiento muy natural en un chico sensible que se siente solo en el mundo. Luego le haré una visita. Ahora, veamos esa grabación lo antes posible, enfermera.

* * *

Lo cierto es que no sacó demasiado en limpio de todo eso.

En la grabación magnética, que proyectó en el video, descubrió que, momentos antes de producirse la conexión, se había producido una alteración ostensible en el electroencefalograma de Dahlia, indicador de una actividad desusada para su anterior estado de trance, así como una reactivación repentina de su sistema nervioso central. Pasó varias veces esa parte de la cinta, tomando apuntes, que luego hizo poner en el ordenador para obtener un diagnóstico del mismo al respecto.

La respuesta fue oscura, aunque significativa, en la cinta de la computadora de diagnosis:

> Repentina actividad cerebral intensa. Reacción positiva nerviosa por impresión súbita. Indicios de miedo y angustia. Posible crisis histérica posterior. Inicio de una reacción furiosa. En ese punto, interrupción total de información.

—Indicios de miedo y angustia... —murmuró Darryl, pensativo, saliendo de la cámara de ordenadores—. Posible crisis histérica y reacción furiosa... ¿Por qué? ¿Qué lo provocó tan de repente?

No encontraba respuesta fácil a la incógnita, y optó por no dar más vueltas estérilmente al asunto. Pasó a ver a Kris, pero el niño dormía profundamente tras haberse tomado solamente un vaso de leche, ya que el resto de su cena permanecía intacto en la bandeja. Era obvio que la desaparición repentina de su maestra le había afectado. Sonriendo, Darryl pasó una mano por su cabello, muy suave, y salió de la alcoba.

Las noticias en los informativos eran alarmantes por momentos. Nuevos y nuevos casos de la extraña epidemia se producían por doquier. La entrada de pacientes agonizantes en el Centro era constante. Las defunciones también. Aquel proceso de necrosis parecía totalmente imparable. Y sus orígenes continuaban tan oscuros como en la visita de Shade y Wilburn al asteroide Saturno Seis.

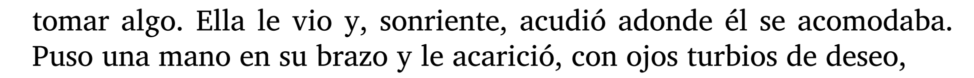
Se encontró con el doctor Banner y sus ayudantes en el pabellón de neurocirugía, cuando dos cuerpos abandonaban el quirófano tapados por las sábanas. El cirujano meneó la cabeza con pesimismo al ver a Darryl.

—Seguimos cada vez peor, Shade —declaró amargamente—. Esto crece por momentos. Mis ayudantes han analizado tejidos enfermos en los laboratorios.

—¿Y...?

—Nada —suspiró Banner—. No hay indicios de la presencia de virus o bacteria alguna. La naturaleza del mal es inexplicable. No sabemos ya qué hacer.

Les dejó sumido en sus pensamientos, que también eran bastante sombríos. Salió del Centro, y maquinalmente se dirigió al restaurante. Vio a Karin a través de la vidriera, sirviendo algunas escasas mesas de internos del recinto hospitalario que cenaban a última hora. Entró a


tomar algo. Ella le vio y, sonriente, acudió adonde él se acomodaba. Puso una mano en su brazo y le acarició, con ojos turbios de deseo,

—Darryl, querido… —murmuró—, ¿Vendrás esta noche?

—No puedo —rechazó él—. Tengo mucho trabajo. ¿No has oído hablar de la epidemia?

—Oh, por supuesto —hubo desencanto en su rostro bonito y sensual—. El joven doctor Milder, el de gerontología, enfermó hoy de repente, aquí mismo.

—¿Qué dices? —se alarmó Shade, mirándola excitado

—Empezó a gritar diciendo que tenía dolores en la cabeza muy fuertes. Se apretaba así, exasperado, congestionado el rostro —la camarera se llevó las manos tras sus orejas, justo al punto que Darryl temía—, Luego se revolcó entre las mesas, aullando. Decía que su piel parecía arder para luego helarse de repente. Vi caer escamas de sus manos y rostro… ¡y el cabello empezó a blanquearle y caer a mechones! Cuando se lo llevaron despedía un raro olor… como si se estuviese pudriendo o algo así… Dios mío, Darryl, ¿qué está pasando?

—No lo sabemos. Algo espantoso, querida. Tanto, que está empezando a desbordarnos, pese a todos nuestros avances médicos y científicos. Dame algo tonificante que beber. Creo que lo necesito.

—Sí, Darryl, como digas —asintió ella, preocupada, dirigiéndose hacia el mostrador, sin llevar esta vez su peculiar y frívolo contoneo de caderas.

Regresó prestamente con lo pedido en un alto vaso de contenido color ámbar. De repente, Karin se detuvo a poca distancia de la mesa de Darryl. Gritó, dejando caer la bandeja. Shade, asustado, se puso en pie de un salto. Los demás comensales volvieron la cabeza con asombro hacia ella.

Karin se había llevado las manos a la nuca, tras sus orejas, y sus palabras brotaban angustiadas de sus labios, súbitamente contraídos:

—¡Mí cabeza! ¡Mi cabeza, Darryl querido! ¡Parece que va a estallarme! ¡No puedo, no puedo más…! ¡Y mi piel…! ¡Mi piel me arde…! ¡Oh, Dios mío, cómo quema…! —se agitó en espasmos mientras Shade corría hacia ella, lívido, y siguió quejándose, mientras caía de rodillas—: Ahora siento frío, mucho frío… Dios, no, no… ¡No quiero morir! ¡No quiero morir aún…!

Aterrado, Darryl observó que la piel de la hermosa Karin se cubría

repentinamente de escamas que se desprendían de su epidermis en un vertiginoso proceso de necrosis epidérmica. Al mismo tiempo, para aumentar el horror indescriptiblede la escena, su cabello empezaba a blanquear con celeridad pasmosa, desprendiéndose de su cabeza en mechas abundantes que iban dejando ver el cuero cabelludo de la muchacha. La metamorfosis era horripilante, hasta convertir en una fealdad envejecida y deforme la belleza sensual de la camarera.

Shade, impotente, asistía a aquel proceso letal irreversible sin saber qué hacer, consciente de su propia y atroz impotencia, incapaz de ayudar a Karin pese a su carrera de Medicina y su especialización en dolencias espaciales. Sabía que la chica se estaba muriendo allí, ante él, y no podía hacer absolutamente nada por evitarlo, por frenar el demoníaco proceso necròtico de sus tejidos, antes llenos de vitalidad.

—¡Pronto, llamen arriba, a urgencias! —clamó a los demás, aunque bien sabía lo estéril de todo eso—. Yo cuidaré de ella...

—Tenga cuidado, doctor —avisó uno de los comensales mientras otros dos corrían a dar aviso—. Es la epidemia que ha surgido... Debe ser altamente contagiosa...

—Lo siento. Un médico debe correr ese riesgo siempre —replicó él con acritud, precipitándose junto a Karin, que se revolcaba ya en el suelo, medio calva, nevado su lacio cabello, la carne tomando un tinte violáceo primero y gris después, en señal de la descomposición vertiginosa que se producía interiormente en sus órganos y vísceras, en su propia sangre.

Ella le miró con ojos patéticos, le alargó una mano crispada, que despedía millares de menudas escamas volátiles. La mirada de suprema angustia y dolor de la muchacha conmovió hasta las más íntimas fibras de su ser. Se aborreció a sí mismo por no poder hacer nada para ayudar a aquella infeliz criatura. Tomó sus manos, sin importarle la posible transmisión del mal, e incluso se inclinó, besando los labios ya tumefactos de aquella mujer a quien en un momento dado había amado en horas de placer mutuo, y por quien nada podía intentar ni siquiera para abreviar su agonía.

Karin tembló al sentir el beso aquel, miró a Shade con gratitud y ternura infinitas, y susurró roncamente, entre convulsiones:

—Gracias..., gracias por esto..., querido.

Se desvaneció, mientras placas de putrefacción aparecían en su piel, que empezaba a despedir un fuerte hedor. Darryl celebró, cuando

menos, que el desmayo suavizara la agonía de la joven. Vio cómo los camilleros la subían a una cama rodante, que se perdió hacia los quirófanos de urgencia y se apoyó en un muro del restaurante, pálido y sobrecogido. Alguien le tendió una copa de brandy, que tomó de un trago. Luego se alejó, tambaleante, hacia la salida. El aire fresco de la noche le azotó como una caricia que aliviara su angustia y su dolor.

—Pobre Karin… —susurró—. Pobre muchacha… Si ese virus fuese algo real, tangible, si tuviera conocimiento, como un ser humano… ¡juro que lo destrozaría con mis manos por lo que acaba de hacer! Pero por desgracia, ni siquiera sé qué es o dónde hallarlo…

Bruscamente se sintió espoleado por un sentimiento de cólera y de afán de venganza, tal vez absurdo, pero profundamente humano y lógico en aquellas circunstancias. Apretando las mandíbulas con fría ira, se encaminó a un determinado lugar del gran Centro de Medicina Espacial donde prestaba sus servicios.

Ese lugar era la Morgue.

* * *

Deambuló durante bastantes minutos por entre los recipientes de plástico transparente, dentro de los cuales reposaban los desnudos cuerpos de los muertos, la mayoría de ellos víctimas de la extraña necrosis progresiva, deformes y descarnados. El hermético cierre de las cajas de plástico empotradas en los muros, como cajones siniestros, impedía salir el hedor fuera. Además, el aire estaba intensamente embalsamado con perfumes desinfectantes de gran potencia.

Revisó los cuerpos uno a uno. Abrió varios de los cajones cristalinos para examinar los restos malolientes, provisto de una mascarilla especial que le había suministrado el empleado del depósito.

Extrajo diversas muestras de aquellos cadáveres, depositándolas en diferentes sobres de plástico que cerró herméticamente. No contento con ello revisó la parte del esqueleto situada tras de las orejas, en las vértebras y occipital, justo el punto donde se iniciaba el veloz proceso degenerativo mortal. Sorprendido, captó en todos los casos una misma mancha oscura, algo así como un círculo de óxido o la señal de una quemadura sobre el hueso descarnado del cadáver. Con un bisturí, rascó el hueso, obteniendo un polvillo marrón os curo, que depositó en otro sobre.

Regresó con todo ello al Centro, en las plantas superiores, y

penetró en los laboratorios de análisis. Personalmente, él mismo analizó los tejidos enfermos. De nuevo tropezó con un muro de decepciones. No había nada de nada en ellos. El posible virus, si realmente existía, no aparecía por parte alguna. La razón de la necrosis seguía siendo un perfecto misterio.

Procedió finalmente al análisis del polvillo oscuro obtenido en la zona donde se iniciaba el proceso fatal.

Y ese análisis sí le dio un resultado sorprendente, increíble.

Confuso, Darryl examinó los resultados en el computador. Apenas hubo depositado los datos en su memoria, la pantalla le dio la respuesta que ya había previsto:

Residuos de material plástico quemado.

—Plástico quemado... —jadeó Shade, desorientado—, ¿Qué hace un plástico ahí, precisamente *ahí*? ¿Qué sentido tiene eso?

Trató de buscar una explicación más concreta. No lo consiguió. La computadora no poseía más datos para informar. Pero tras un nuevo y más concienzudo análisis, la pantalla amplió ligeramente su información:

También muestras de metal fundido entre el plástico. Posiblemente cobre.

—Cobre y plástico... —meditó Shade—. ¿Qué puede haber que precise materiales plásticos y cobre? ¿Por qué aparecen esos residuos en los cuerpos, *debajo* de la epidermis desaparecida por necrosis?

Era otra pregunta sin respuesta. Pero de repente, un nuevo factor surgía en el caso, que parecía dar a la epidermis un giro nuevo. En aquel mal inexplicable había un elemento *artificial*, no humano, que intervenía. Lo que ello podía ser, estaba aún tejos de su comprensión.

Pero ahora estaba decidido a algo. Tremendamente decidido. Y salió disparado de los laboratorios, corriendo a los quirófanos de urgencia, donde Karin había sido ingresada poco antes. Preguntó por ella. Le informaron de algo que ya temía: había fallecido minutos

después de su ingreso. El proceso fue igual al de todos los demás. En ese momento, varios pacientes más, todos en estado agónico, ingresaban en el pabellón de urgencia.

Ante el asombro de los médicos de servicio, Darryl Shade se dirigió a uno de ellos que iba a ser ingresado en el quirófano y, sin vacilar, le cortó bajo la oreja, con su bisturí. Uno de los enfermeros le trató de apartar, estupefacto.

—Pero, doctor, ¿qué hace usted? ¿Se ha vuelto loco? Este hombre aún vive...

—No será por mucho tiempo —rechazó Darryl con energía—. Esto no le hará ningún mal. Y tengo que ver algo si es que existe.

Apartó al enfermero casi con violencia y abrió con dedos expertos la piel recién seccionada. Sus ojos dilatados miraron algo con enorme asombro.

Hubo un leve chisporroteo dentro de los tejidos del paciente, bajo su dermis y epidermis. El hombre gritó dolorido. Darryl Shade, con energía, tiró de algo que había captado adherido al interior del plexo branquial. Sintió un raro fuego en sus dedos, pero arrancó con violencia una especie de diminuto disco, no mayor que una pequeña moneda una placa marron oscura, de la que brotaban diminutas chispitas cárdenas. El enfermo emitió un alarido de intenso dolor y se desplomó inconsciente. Banner, todavía estupefacto por la escena, ordeno el inmediato ingreso del hombre en el quirófano, mientras corría junto a Shade para contemplar perplejo, lo que éste sostenía en la palma de su mano.

—Doctor, ¿qué diablos es eso? ¿Qué ha sacado del cuello a ese hombre? —preguntó, alterado.

—No lo sé doctor Banner, pero sospecho que acabamos de hallar la clave de todo este espantoso asunto. Vea esto No es un virus. No es una bacteria. No es ningún cuerpo bacteriológico ni virulento. Sea lo que fuere, está hecho de plastico, de elementos metálicos, posee un microcircuito... Es absurdo, pero ese hombre llevaba incrustado en su plexo branquial un objeto extraño, artificial, que tiene toda la apariencia de ser obra del hombre y no de la Naturaleza.

—Pero eso no tiene el menor sentido... ¿Quién pudo aplicarle eso ahí?

—Lo ignoro, doctor Banner. Pero sea quien fuere, es muy posible que se trate de la misma persona o entidad desconocida que lo injertó

en cientos de personas, víctimas hasta ahora de esa epidemia maldita…

—¡Doctor Banner! —gritó una voz desde la puerta del quirófano, abriéndose ésta con brusquedad—, ¡Venga pronto! ¡Uno de los pacientes, el que sajó el doctor Shade tras la oreja… está recuperándose! ¡Se ha *detenido* el proceso de necrosis!

—Dios sea loado… —jadeó Banner, mirando a su colega esperanzadamente—. No pierda eso, por lo que más quiera. Yo intentaré buscar huellas de la presencia de parecidos objetos en otros pacientes aún vivos, no se preocupe…

Desapareció dentro del quirófano. Darryl Shade metió en una bolsa plástica el objeto arrancado al paciente que agonizaba poco antes, y corrió con ello a los laboratorios del Centro para su examen minucioso. Desgraciadamente, algo sucedió durante el camino. Cuando Darryl llegó a los laboratorios, en el interior del recipiente de plástico sólo había un poco de polvillo oscuro, salpicado de partículas doradas. El objeto circular se había desintegrado en aquellos minutos.

—Maldita sea… —masculló Shade, exasperado, depositando el polvillo en un plato para su examen microscópico—. Se autodestruye en cuanto ha dejado de actuar sobre la persona afectada, es evidente… ¿Qué diabólica inteligencia asesina ha podido crear este horror y de dónde procede?

No podía ser un vulgar acto criminal porque ya antes de producirse la mortífera epidemia en la Tierra, ésta había aparecido exterminando a todo Saturno Seis. De modo que eso convertía el origen del misterioso objeto en un enigma insoluble y fantástico, cuya clave tal vez estuviera en el propio espacio exterior.

Estaba meditando sobre ello cuando sonó el bip-bip-bip inconfundible de su microemisor. Se dirigió al teléfono y llamó a la centralilla del Centro médico.

—Habla el doctor Shade —dijo—. Estoy en los laboratorios. ¿Qué sucede?

—Pronto, doctor, baje a Medicina Espacial, Sección de Internados. Su paciente, el pequeño Kris, acaba de sufrir un ataque cerebral. Se queja de fuertes dolores en la nuca…

—¡Dios mío, no! ¡El no! —clamó aterrado Derryl, dejando caer el teléfono y precipitándose fuera de los laboratorios como una exhalación.

CAPITULO VII

Estaban trasladando al niño a los quirófanos cuando penetró Darryl en el recinto igual que una centella. En su mano llevaba el bisturí electrónico que ya utilizara una vez en un paciente, poco antes, para obtener aquella muestra de objeto injertado, ahora perdida por desintegración de su materia.

Apartó violentamente a todos, aferró la cabeza agitada del pequeño, sacudido por dolorosos espasmos, y clavó sin contemplaciones el bisturí en su nuca, dando un profundo corte que sangró. Introdujo los dedos en la herida y tiró con fuerza de algo caliente, circular, adherido a los nervios y vértebras del muchacho. Este chilló, lacerado, y perdió el conocimiento, sangrando en abundancia, mientras de su epidermis volaban pequeñas indicadoras escamas del temible proceso de necrosis progresiva.

—¡Pronto, ahora atiéndanlo con la mayor urgencia! —clamó a los médicos.

Darryl Shade fue esta vez con el objeto oscuro, circular, chisporroteante, directo hacia los laboratorios más próximos, que eran los de medicina cibernética y bioelectrónica aplicada a las dolencias espaciales. El recorrido era mucho más breve, y apenas llegó allí, introdujo la placa en el ordenador analítico de cuerpos electrónicos de todo género, poniendo en acción sin perder momento los mecanismos de funcionamiento del analizador central. Esperó, impaciente, mordiéndose el labio inferior, muy pálido, mientras estrujaba los dedos de ambas manos entre sí, presa de una intensa tensión nerviosa Que no era casi capaz de controlar.

Sabía que si esta vez había fortuna, si había sido lo bastante rápido en su intervención, acaso la vida del pequeño Kris se salvara… y la clave del misterio se desvelara por fin de una vez.

Respiró aliviado al ver cómo empezaban a surgir líneas de palabras en verde fluorescente en la pantalla del ordenador analítico:

> Cuerpo electrónico de una cibernética muy avanzada. Microcircuito en una placa de materia plástica, que libera una sustancia activa de naturaleza desconocida. La sustancia provoca necrosis fulminante

de todo tejido vivo.

> Parece ser, por su examen, que está dotado de un disparador automático que lo pone en acción apenas se acopla a determinado punto del ser humano, y el microcircuito estimula la liberación de la sustancia asesina.
>
> El ingenio se autodestruye minutos después de entrar en acción.
>
> Su proceso de injerto en el ser viviente parece producirse mediante penetración por los poros, en forma reducida, ampliándose una vez dentro, mediante un proceso de autocrecimiento de materia, por medios que desconoce este analizador por falta de datos concretos.

Era todo. Y era suficiente. Mucho más de lo esperado, de lo imaginable. Ahora sabía lo que estaba en juego en aquel horror. Shade meditó mientras releía una y otra vez el texto a allí escrito.

Estaba ante un microorganismo artificial, pero capaz de automanipularse, que inicialmente era un corpúsculo capaz de filtrarse por un simple poro para crecer luego *dentro* del ser humano, adherido a sus tejidos, y poniendo después en circulación una ignorada y terrible sustancia capaz de crear la necrosis mortal. Todo aquello no parecía obra humana. Pero tampoco de la propia Naturaleza. De modo que debía de tener una explicación que no encajase en una ni otra posibilidad.

¿Qué explicación podía ser ésa?

Se sobresaltó al ver que aparecía una nueva línea de texto en la pantalla del ordenador. Su significado era bien claro y concreto:

> El microcircuito acaba de desintegrarse por sí mismo, destruyéndose totalmente. Imposible seguir analizando sus componentes.

Era el final del análisis. «Pero habría otras malditas placas de aquellas», pensó Darryl, furioso. Obtuvo una copia escrita por el

ordenador con los informes completos del análisis, y se encaminó con ello al exterior de los laboratorios electrónicos donde consiguiera la información decisiva.

Apenas pisó el corredor, largo y desierto, del Centro, la presencia de algo en el aire atrajo su atención y le provocó un escalofrío.

Una especie de diminutas esferas, no mayores que gotas de lluvia, pero de color marrón oscuro y aspecto sólido, flotaban en el aire, dirigiéndose hacia él en formación. Se dispersaron cuando estaban próximas, iniciando un movimiento envolvente en torno suyo.

Darryl se detuvo en seco, pegándose al blanco muro, sin quitar sus ojos de aquellos pequeños corpúsculos esféricos que flotaban en el aire, y que tenía el mismo color que la placa arrancada al pequeño Kris momentos antes...

Recordó algo que mencionaba el ordenador analitico en su informe: «Su proceso de injerto en el ser viviente parece producirse mediante penetración por los poros en forma reducida, ampliándose una vez dentro mediante un proceso de autocrecimiento de materia...»

—Penetran por los poros en forma reducida... para ampliarse después... —jadeó sin desviar sus ojos de aquellos microscópicos organismos flotantes que iban concentrándose en torno suyo—, Cielos, creo que son *ellos*... antes de crecer.

Y contempló las formas diminutas que le amenazaban, seguro de que con que sólo una de ellas penetrase a través de su piel, sería víctima de la misma necrosis asesina que tantos otros sufrieran antes que él...

* * *

La situación era desesperada.

Estaba solo en aquel corredor, rodeado por más de medio centenar de aquellos corpúsculos voladores que, como un enjambre demoníaco, llegado del mismo infierno, se precipitaba sobre él inexorable, fatalmente... Manoteó, logrando alejarlos de sí, y eso le convenció de que, o bien eran formas *vivas*... o estaban controladas por una fuerza inteligente que las hacia evolucionar según las circunstancias.

De inmediato volvieron a la carga. En el solitario pasillo del Centro Médico, Darryl Shade parecía ser la inevitable y próxima víctima del horror volador...

En ese preciso instante, algo ocurrió con lo que Shade no hubiera podido contar ni remotamente. Ese algo fue la aparición de una persona.

Una persona que, esgrimiendo en sus manos un arma de largo cañón y pesado calibre, tenía toda la apariencia de un absurdo dentro de la trágica situación, Esa persona era Lars Wilburn, la persona con quien viajara a Saturno Seis semanas atrás.

—¡Cuidado, doctor! —gritó el inspector federal—, ¡Evite por todos los medios que uno solo de esos malditos organismos penetre en su piel o será hombre muerto! ¡No deje que se acerquen a usted!

Darryl, aturdido, miró a su antiguo camarada de viaje espacial sin entender bien todo aquello, pero manoteando con fuerza y rabia en el aire, agitando sus brazos como aspas de un viejo molino para impedir que cualquiera de aquellas bolitas voladoras alcanzase su persona. De nuevo el enjambre silencioso se replegó, formando una especie de formación semicircular en torno suyo, a alguna distancia.

En ese momento, Wilburn alzó su arma y apretó el resorte de disparo. La boca del largo y ancho cañón vomitó una bocanada de fuego violento, que llameó en el aire, con áspero bramido, barriendo a todas las pequeñas formas flotantes. Aunque dio la impresión de que aquella sola llamarada arrasaba a la totalidad de los corpúsculos, Wilburn no pareció satisfecho y apretó de nuevo el gatillo, lanzando otra bocanada de ruidoso fuego contra el aire, hasta quemar un muro que se ennegreció, chorreando materia plástica.

—¡Ya! —jadeó Wilburn, con alivio, bajando su extraña y poderosa arma—. Creo que lo he conseguido, doctor. De momento, esos malditos seres o lo que sean, no le amenazarán más... He acabado con todos ellos. Pero hay más, muchos más por ahí. Si mis cálculos no fallan, deben ser miles, acaso pronto sean millones, los que se dispersen, casi invisibles, atacando fatalmente a los seres humanos, asesinándolos sin piedad como lo hicieron con mi pobre Helen y mis hijos en Saturno Seis...

—Wilburn, ¿de dónde sale usted? —se sorprendió Darryl, recuperando la serenidad y encaminándose hacia él tras una aprensiva mirada a su alrededor sin descubrir huellas de ninguno de aquellos organismos microscópicos que intentaron atacarle.

—Es una larga historia, amigo mío —murmuró el funcionario del Gobierno—. Pero lo importante es que salvé su vida por esta vez...

—Yo hubiera querido hacer igual con una muchacha a quien

estimaba... —musitó Darryl, sombrío, evocando a la infortunada Karin —. Pero también salvé a alguien hace poco. Un viejo, amigo nuestro, Wilburn; el pequeño Kris...

—¡Kris! ¿También el niño fue atacado por el mal? —se asustó Wilburn.

—Sí, también. Hubo suerte. Le pude arrancar ese maldito objeto asesino cuando se iniciaba el proceso. Ahora llevo aquí el resultado de su análisis electrónico. Es asombroso, Wilburn.

—Lo imagino —resopló su antiguo camarada de vuelo espacial—. Todo es asombroso y horrible en este asunto, doctor. ¿Y Dahlia? ¿Cómo está ella?

—¿Dahlia? —miró sombríamente a su interlocutor. Meneó la cabeza, preocupado—. Lo siento. Escapó. Huyó del Centro. Al parecer se recuperó de repente y decidió evadirse...

—¿Huyó? —el horror asomó al rostro de Wilburn—. No, no es posible... ¿Cómo pudo suceder eso? ¿Seguía en trance, estaba en observación?

—Así es. No hemos podido hallarla en todo el Centro. Se arrancó tubos y cables, desapareciendo. No nos ha sido posible imaginar su actual paradero.

—Dios mío, si es el que imagino... —gimió angustiado Wilburn—. ¿Sabe si alguien visitó este Centro en los momentos en que ella desapareció?

—No sé, no se me ha ocurrido preguntar eso a nadie, Wilburn. Después de todo, no pensamos nunca que nadie pretendiera raptar a Dahlia... Hemos supuesto que escapó por propia iniciativa...

—No lo creo —rechazó el funcionario federal, ceñudo—. Por favor, trate de comprobar qué personas visitaron el Centro al desaparecer ella. Supongo que todo el que entra aquí es controlado. A mí me anotaron mi identificación al llegar...

—Vamos, comprobaremos eso en e! registro de visitantes. Todo queda registrado allí. Por el camino, Wilburn, ¿por qué no me cuenta lo que sucede para que usted llegase tan a tiempo aquí... y empuñando ese arma tan devastadora?

—Sí, se lo contaré. Usted no podía saberlo, pero primero estuve con un pariente mío...

—Sí, lo sé. Con el profesor Warlock, en el Centro de Experimentación Científica.

—Vaya, veo que se interesó por localizarme. Luego me fui de allí, sin decirle a nadie adonde iba.

—También me lo contó él —sonrió Shade—. Estuve a visitarle.

—De modo que fue allá, ¿eh? —Wilburn meneó la cabeza—, Bueno, lo cierto es que me fui de nuevo a Saturno Seis, con una expedición de Seguridad Cósmica. Acabo de regresar de allí.

—¿A qué fue?

—A presenciar cómo eran incinerados los restos de mi familia, entre otras cosas. Pero tenía interés también en algo en lo que no pensé cuando estuve allí con usted, cegado por el dolor de mi tragedia. Helen era muy minuciosa y acostumbrada a hacer una especie de diario o memorias de su vida cotidiana, grabando sus impresiones en un video. Encontré ese video entre sus cosas. Lo puse en el monitor de televisión. Y quedé aterrado.

—¿Por qué? —se extrañó Darryl, mientras un turboascensor les conducía al departamento de Registro.

—Porque allí figura, dicho por ella misma, la visita de alguien a su casa. Una visita que yo nunca hubiera imaginado y de la que nada sabía. Esa persona, cuando visitó a mi mujer e hijos, había emprendido viaje a Saturno Seis por motivos oficiales. Pero en el viaje le había sucedido algo, un accidente a su aeronave, con la que se perdió contacto desde el centro de comunicaciones espaciales durante unas horas. Luego, la nave dio de nuevo señales de vida y llegó a Saturno Seis sin problema alguno. Mi esposa refería que esa persona llevaba consigo, como equipo investigador, entre otras cosas, un proyector portátil de rayos delta. Ya sabrá que los rayos delta, doctor Shade, se utilizan habitualmente para regenerar células enfermas y ha sido decisivo en la victoria sobre el cáncer hace décadas...

—Lo sé muy bien. ¿Adonde conduce todo eso, Wilburn?

—Lo sabrá en seguida. En casa de Helen estaban en ese momento dos visitas más: una, era Dahlia, la maestra de escuela de la Colonia. La otra... el niño Kris. Al parecer era buen amigo de mi hijo Mitch, según explica mi difunta esposa en el video.

—Sí, eso me lo contó el propio Kris.

—Pues bien, el niño es algo travieso al parecer. Y no simpatizó en

absoluto con el visitante. Escapó de él como si fuera un apestado, tropezó con el equipo portátil de rayos delta y lo derribó. El aparato se conectó y bañó en rayos delta por un momento… imagine a quiénes.

—Al propio Kris y a Dahlia —sugirió Darryl, presa de un raro presentimiento.

—¡Exacto! —aprobó Wilburn, excitado—. Veo que está llegando a la misma conclusión que yo, Shade. Eso irritó sobremanera al visitante, pero ahí acabó el incidente.

—Está dando a entender que ese suceso, la radiación delta sobre los dos… pudo *inmunizarles* en cierto modo contra la epidemia que después se desencadenaría… Que esa radiación, de alguna forma, neutraliza o elimina los efectos de las placas que se inoculan en los afectados tras penetrar por sus poros.

—Así es. Esa es mi teoría.

—Pero todo ello, nada parece tener que ver con el hecho de que usted viniera a verme con ese lanzallamas. ¿Qué modo tuvo de conocer la existencia de las placas asesinas y de los corpúsculos que penetran por los poros?

—Muy sencillo, Shade: mi esposa también habla de ello en su video. Ella vio cómo unas pequeñas esferas penetraban en el cuello de nuestros hijos sin poderlo evitar, como llovidas del cielo; sólo unos días después de estar su visitante en casa. Horas más tarde, los niños sufrían la espantosa forma de morir, y ella misma, tras sentir una punzada rara en su cuello, tras la oreja derecha, comenzó a notar el intenso dolor de cabeza. Ahí termina su relato grabado en video. Vine aquí para hablarle de ello. Pero al saber que la ciudad entera es víctima ya de la epidemia, me armé de ese lanzallamas pensando que sería lo más eficaz para abrasar cualquier forma de materia o de vida y vine hacia acá. Quería pedirle ayuda, consejo… Ahora sé que hice bien. ¿Qué es lo que usted ha descubierto?

—Esto —Darryl le tendió el informe escrito por el ordenador analitico.

Wilburn, sombrío, lo leyó en silencio, Se lo devolvió asintiendo con la cabeza.

—Entiendo —dijo roncamente—. Es algo horrible… ¿Pero por qué, por qué todo esto?

—No lo sé. Tal vez usted pueda aclararme algo. Habló de un

extraño visitante, portador de un aparato de rayos dèlta que, al menos durante cierto período de tiempo, inmunizó a Dahlia y a Kris contra el mal, ya que ahora parece haber pasado esa inmunidad, ya que el niño sufrió el ataque del objeto asesino. ¿Quién es ese visitante, Wilburn?

—Prefiero esperar a decírselo cuando sepamos quiénes visitaron este Centro al desaparecer la maestra de escuela —respondió Wilburn, enigmático—. Tengo una oscura y terrible corazonada en ese sentido, amigo mío.

Habían llegado ya al departamento de Registro. Darryl Shade marcó el día y hora en que se había producido la desaparición misteriosa de Dahlia. El computador funcionó empezando a surgir una serie de nombres en pantalla, registrados como visitantes del día en el Centro de Medicina Espacial.

De pronto, Wilburn lanzó una imprecación. Pálido, señaló un nombre en la pantalla.

—¡Vea eso, Shade! —murmuró—, ¿Qué me dice?

Darryl clavó sus ojos en el nombre, deteniendo el computador. Una mirada rápida y sobresaltada se dirigió a su acompañante.

—Ahí… ahí figura el nombre de su primo, el profesor Clive Warlock —dijo.

—Exacto —jadeó Wilburn—. El fue el visitante de mi familia en Saturno Seis aquel día…

CAPITULO VIII

Kris tenía buen aspecto cuando los dos entraron a verle.

Les miró, risueño, desde el lecho. Aparte una palidez acentuada y el apósito en su cuello, nada parecía haberle ocurrido. Darryl comprobó que su estado clínico era excelente en estos momentos. Se dirigió a la enfermera de servicio:

—Que apliquen al pequeño una sesión de rayos delta hoy mismo —ordenó—. Y usted también deberá pasar por eso. Todo el personal del hospital, así como todo ciudadano debe someterse a los rayos delta, quiera o no. Es una orden tajante para todos. Nosotros mismos ya hemos pasado ahora mismo por eso, enfermera.

—Sí, señor —afirmó la aludida respetuosamente.

Kris sonrió al acariciarle los cabellos Darryl. El pequeño le apretó una mano.

—¿No te quedas conmigo aquí? —preguntó—. me gusta que estés cerca. Contigo al lado sé que nada me puede pasar, Darryl.

—Pronto podré hacerlo —sonrió Shade—. Ahora tengo mucho que hacer, hijo. Debes recibir esa radiación. Te evitará sufrir sustos como el de hoy. Por cierto, Kris, ¿tú recuerdas al hombre que visitó a los Wilburn en Saturno Seis, el mismo al que derribaste un equipo de rayos delta que os bañó a tu maestra y a ti?

—Oh, sí, claro... —un repentino gesto de terror asomó al rostro del niño—. Aquel hombre... No quise derribar su aparato. Pero tuve miedo...

—¿Miedo? ¿Deque? —quiso saber Wilburn.

—No..., no sé. Me asusté al verle. Fue una sensación muy rara.

—Y tan rara. Mi primo Warlock ha sido siempre afable, simpático, cordial...

—También lo era allí, señor —afirmó el niño débilmente—. Pero había en él algo que no sé... No parecía verdadero. No era sincero. Era un ser que me aterrorizó...

—Entiendo —Wilburn cambió con Darryl una mirada de desaliento—. No lo entiendo, Shade. Conozco a mi primo desde hace

más de treinta años. Siempre fue un buen hombre, preocupado por la ciencia.

—Tal vez se ha vuelto loco —sugirió Darryl, pensativo.

—Si es así, lo disimula muy bien. Usted le trató, ¿no es cierto?

—Sí. Y era todo cordialidad, como usted dice. Aun así, tiene razón Kris. Había algo raro en él… algo que no podría explicar, pero que me inquietó…

—No sé, quizás tenga usted razón —aceptó sordamente Wilburn—, Quizás mi primo sea en estos momentos un loco que utiliza sus profundos conocimientos de bioelectrónica, cibernética y biología para algo escalofriante y atroz. Pero si es así, si él causó la muerte de mis seres queridos como temo… me vengaré. Juro que me vengaré, Shade.

—Deje eso ahora —rogó Darryl, conciliador—. Pensemos en Dahlia. Usted sugiere que ella puede estar ahora en su poder…

—Estoy seguro de eso. Tal vez pretende saber por qué los rayos delta impiden la acción de su maldito ingenio asesino…

—Si es así, a estas horas la muchacha ya no estará inmune a ese mal. Habrán pasado los efectos de los rayos delta como le ocurrió a Kris…

—Sí, eso me temo.

—¿Dónde supone que puede tener cautiva a Dahlia, si está usted en lo cierto?

—¿Lo duda, amigo mío? Sospecho que la propia instalación donde trabaja y vive, puede ser su propio cubículo, su cuartel general,,.

—¿El Centro de Experimentación Científica?

—Sí, Shade. El mismo…

* * *

Los ojos de la joven reflejaban ahora una expresión muy distinta a la que conociera en ellos Darryl Shade.

Eran ojos vivos, despiertos. Ojos asustados. Ojos que miraban con miedo al hombre sonriente y afable erguido ante ella. Ya no era la mirada de una mujer reducida a un papel pasivo y sin emociones, como un autómata que no se diera cuenta del mundo que la rodeaba.

Era la mirada de una mujer angustiada, incluso aterrorizada.

Sin embargo, su interlocutor parecía la viva imagen de la dulzura y de la bondad, a juzgar por su sonrisa y por sus suaves modales mientras iba desgranando lenta, apaciblemente, sus palabras:

—No debe temer nada, hija mía —estaba diciendo en estos momentos en la impresionante soledad de aquellos vastos laboratorios en los que sólo él y ella se encontraban ahora, rodeados por un triple cinturón de medidas de seguridad que eran en estos momentos la mejor salvaguardia contra el mundo exterior, el modo más perfecto de aislamiento de cautiva y raptor_. No pienso causarle daño alguno, se lo aseguro.

—En ese caso, suélteme —habló ella con dificultad—. Déjeme en libertad ya que no piensa causarme ningún daño, profesor.

—Lo siento, querida niña. Eso no será posible en modo alguno —suspiró el profesor Clive Warlock, moviendo negativamente su cabeza —. Sabe que no puedo hacerlo. Usted se ha recuperado plenamente de su estado de trance. Y me ha reconocido. Diría a todo el mundo que yo estuve en Saturno Seis, que la epidemia se inició apenas marcharme yo de allí... y que usted *vio*, al derribar aquel estúpido niño mi aparato de rayos delta, lo que contenía la otra caja que se abrió a medias al caer todo ello al suelo.

—La caja... —Los ojos de la muchacha se dilataron, horrorizados. Tembló, encogiéndose bajo la mirada benévola del profesor—. Dios mío, casi lo había olvidado... La caja, llena de aquellas... aquellas horribles esferas pequeñas que se *movían*, que estaban vivas... como insectos o como diminutos animales al acecho... Eran las mismas esferas voladoras que yo vi atacar a la gente, *penetrar* en sus tejidos, como proyectiles, sin dejar rastro de su perforación en la piel humana... Luego, de inmediato, se producían aquellos dolores y comenzaba la muerte rápida y terrible... ¡Usted, profesor, usted llevó la muerte a Saturno Seis, *usted* exterminó a todos mis amigos y vecinos, a hombres, mujeres, ancianos, niños...!

El profesor sonrió cariñosa, dulcemente, y afirmó con la cabeza, plácido, casi afectuoso, a pesar de la tremenda frialdad de sus palabras:

—Mi querida señorita Dahlia, usted misma está demostrando que *no puedo* dejarla ir en libertad —murmuró como si sintiera por ella un afecto entrañable—. No puedo permitir que cuente eso a la gente, que le hable de mis *criaturas*...

—¡*Criaturas*! —repitió ella con rechazo casi violento—, ¡No puede llamar así a aquellas *cosas* espeluznantes que destruían a todo ser viviente!

—Sin embargo, son mis criaturas, mal que le pese. Yo las he creado, señorita Dahlia. Yo he dado vida a sus diminutos cuerpos, programándolos para destruir a los demás, porque ésa ha de ser su tarea en lo sucesivo.

—Destruir... ¡Destruir a la Humanidad! ¿Acaso es ésa su ambición, profesor?

—Sí, mi querida amiga. Esa es, justamente, mi ambición, porque ésa es la misión que debo cumplir: destruir a la Humanidad. Total. Definitivamente.

—¿Y aún me dice que no va a hacerme daño? ¿Usted, que tiene tan atroces propósitos en su mente enloquecida?

—No estoy loco, muchacha —sonrió risueñamente Warlock—. Ni mucho menos, ya lo entenderás en su momento. Y es cierto que no te haré daño alguno. Sólo deseo estudiar en tu persona el fenómeno sorprendente de que una radiación delta os permitiera a ti y a ese niño sobrevivir a mis pequeñas «cosas», como tú las llamas... No tiene científicamente sentido alguno para mí. Por eso necesito ensayar en ti, estudiar tus reacciones a nuevas radiaciones delta y nuevos ataques de mis pequeñas esferas... Pero en cuanto advirtiese que podías sufrir dolor, seria compasivo contigo. Muy compasivo. Te haría morir en ese preciso momento sin sufrir daño alguno. Te lo prometo. Ya ves que no puedo ser más compasivo...

—Usted, compasivo... ¡Usted es un monstruo de maldad sin fin! Bajo esa máscara de falsa bondad se esconde un alma perversa, demente, enferma y sucia. Ahora sé por qué entré en ese largo trance... Ahora recuerdo que al ver morir a todos mis amigos sin poder hacer nada por ellos, de seguir paso a paso su alucinante agonía, creí enloquecer y perdí la noción de todo. Pero cuando usted asomó en el pabellón hospitalario donde yo era tratada, recobré de inmediato la consciencia, tuve miedo, su presencia me aterrorizó... porque recordé que usted era la persona de quien yo siempre sospeché, como responsable de llevar la muerte nauseabunda a Saturno Seis. Y he acertado. Fue usted. Pero ¿por qué. Dios mío, por qué? Me ha traído aquí secretamente, me ha introducido en su santuario por la puerta del subsuelo, sin que nadie advierta mi presencia, y ahora va a usarme de simple cobaya para sus horribles experimentos asesinos...

—Lo lamento, señorita Dahlia. No puedo hacer otra cosa. Tengo que evitar que la gente descubra que los rayos delta inmunizan por un tiempo de mis criaturas... Encontraré el medio de impedirlo gracias a ti...

—¡No, no, prefiero morir ya, aunque sea entre horribles dolores, a servirle a usted de ayuda contra mis semejantes, maldita sea! —chilló ella, repentinamente exasperada, arrojándose con inesperada violencia contra el profesor.

Este, que se hallaba inclinado sobre ella, con su eterno aire apacible, resultó sorprendido por la furia desesperada de la joven. Las manos de ella se crisparon, dirigiéndose al rostro del profesor Warlock, a quien hincó con rabia sus uñas en el rostro, esperando rasgarle la piel, hacerle sangrar, aturdirle o cegarle, para intentar la fuga.

Sucedió algo espantoso.

Al hundir sus uñas en aquella faz venerable y sonriente, apenas si encontró resistencia. La carne humana, como si fuese simple goma o gelatina, se desgarró, cediendo bajo su presión y desprendiéndose a trozos, chorreando blandamente entre sus dedos agresivos...

Un largo, terrible grito de terror brotó de labios de la muchacha, que retrocedió, tambaleante, llevando colgados de sus uñas fragmentos de aparente carne humana, derritiéndose en goterones mientras el resto de la faz de Warlock se desmoronaba, desprendiéndose de lo que, en buena lógica, hubiera tenido que ser su calavera. Ni una gota de sangre brotaba de aquella faz humana, repentinamente deforme, descompuesta y blanda. Los cabellos blancos se habían despegado del resto de la cabeza, revelando ser una especie de peluca o casquete adherido a la auténtica cabeza del profesor.

Debajo de aquella falsa cara, de aquella máscara de materia blanda moldeable, que las uñas de Dahlia habían desgarrado y desprendido en parte... apareció el más espantoso rostro jamás imaginado por la joven maestra de escuela.

Era un rostro negro, brillante, duro y escamoso, como la costra de una cucaracha en medio del cual una especie de trompa ancha emitía un sonido sibilante y ronco, y un solo ojo oval en medio de la frente, despedía una luminosidad amarillenta, biliosa y maligna. Lo que se veía de su cráneo era sólo una especie de vello rígido cómo el de una mosca al microscopio...

¡El profesor Clive Warlock... NO ERA HUMANO!

CAPITULO IX

—No debiste hacer esto nunca, muchacha… —jadeó aquella voz ronca, sibilante, que brotaba entre jadeos y babas por la trompa repulsiva del monstruo—. No debiste hacerlo. Nadie, absolutamente nadie en tu planeta debía de conocer mi rostro, mi verdadera identidad…

—Dios mío… Dios mío… —sollozó Dahlia, en el paroxismo de su terror, encogida en un rincón, mientras de sus manos se desprendían los últimos fragmentos de materia fofa que habían fingido ser carne humana sobre un rostro de pesadilla jamás imaginable—. No puede ser… No puede ser.., No es un ser humano… ¡No es humano!

—¿Humano? —rió el monstruo, despidiendo burbujas babosas por sus fauces pilosas y horrendas—. Claro que no lo soy, muchacha. Ni siquiera soy terrestre. Vengo de un mundo lejano, muy lejano… Encontré en mi camino la nave que conducía al auténtico profesor Warlock de la Tierra a Saturno Seis… Pude introducirme en ella y apoderarme de él, destruyéndole y *copiando* su apariencia física con una sustancia que yo mismo segrego y que puede adoptar la forma y color que yo deseo, para cubrir mi aspecto, aterrador para vosotros. El que llegó a Saturno Seis ya no era Warlock, sino yo. Mi raza es muy inteligente y puede absorber las mentes ajenas al copiarlas. Así, yo obtuve los recuerdos del profesor, su memoria completa. Nadie podía descubrir el engaño, ni siquiera el primo de Warlock, un tal Lars Wilburn… Mi misión aquí es, destruir a los humanos, preparar este planeta para la llegada de mi gente, a quienes llamaré pronto a nuestro lejano planeta donde la vida es ya casi imposible y están esperando que yo u otro cualquiera de nosotros, de los que salimos en busca de un mundo habitable, avise de haberlo encontrado. Entonces vendrán masivamente. Pero para entonces no debe quedar un solo humano en el planeta. Ahora ya sabes toda la verdad. Esas esferas que viste son criaturas de mi mundo, capaces de cosas que a vosotros os asombran, como introducirse en los tejidos humanos y crear allí una especie de centro operativo microscópico, desde donde distribuyen la materia destructiva a los tejidos humanos. Cada criatura lleva acoplado un pequeño ingenio electrónico que es el encargado de fabricar la materia asesina. Luego, la criatura perece y el ingenio mecánico se autodestruye sin dejar rastro. Son pruebas de nuestra sabiduría y poder, mi querida amiga…

—Por muy sabios y poderosos que creáis ser, no os saldréis con la

vuestra. Alguien os aniquilará, os destruirá… —susurró Dahlia, aterrada, encogida contra la pared, mirando alucinada a aquel repugnante ser erguido frente a ella.

—Eso no sucederá —rió el monstruo, y su trompa se llenó de babas viscosas—. No sucederá nunca, pequeña… porque nadie sabrá jamás que bajo el rostro de Warlock me oculto yo… Volveré a hacer de nuevo su imagen y seguiré engañando a todos. Pero ahora tengo que acabar contigo ya sin más remedio. Tú misma te lo buscaste. No puedo correr el riesgo de que me delates a cualquiera, de que puedas intentar la fuga y tener éxito. Lo siento. Mis criaturas terminarán en breve contigo…

Y dirigió su mano hacia una caja hermética que tenía bajo una de las mesas de análisis del laboratorio, dispuesto a abrirla para lanzar sobre Dahlia la muerte hedionda que había traído consigo desde remotos lugares del espacio…

* * *

La fría voz de Darryl Shade sonó en la puerta en esos momentos, a espaldas del monstruoso extraterrestre oculto bajo la falsa identidad de Clive Warlock:

—¡No conseguirás tus propósitos, maldito asesino!

Con un berrido horrible de sorpresa, la criatura espantosa giró sobre sí, para encararse a los recién llegados. Wilburn y Shade se estremecieron de pavor y asco ante aquel monstruo de pesadilla.

—¿Cómo llegaron hasta aquí? —bramó furioso el invasor.

—Sé cómo neutralizar circuitos de seguridad —habló duramente Wilburn, mirando aterrado al ser que fingía haber sido su primo Warlock—. Forma parte de mi trabajo como inspector federal… No fue difícil llegar hasta aquí sin ser vistos ni advertidos. Dios mío, ¿qué hiciste con mi primo, con el pobre Clive?

—No existe nada de él —susurró la trompa del negro monstruo—. Como no quedará nada de vosotros en un momento…

Y comenzó a transformarse en algo, a sufrir una metamorfosis que alargaba sus brazos, como tentáculos, hacia los dos intrusos bajo la mirada de la joven Dahlia. Sus últimos pedazos de falsa carne humana se desprendieron del cuerpo, negro y lustroso, cubierto de rígido vello húmedo. Sus brazos eran como articuladas y larguísimas pinzas destructoras que se dirigían implacables hacia los dos hombres.

Wilburn no vaciló. Alzó el poderoso lanzallamas que llevaba consigo, y disparó sobre el falso Warlock con rabia frenética.

El cuerpo negro, de epidermis crujiente y dura, se envolvió en llamas crepitantes. Un alarido inhumano, horrible, escapó de su repulsiva trompa. Se agitó, mientras Wilburn, inexorable, apretaba una y otra vez el disparador, dirigiendo chorros de rugiente fuego hacia el monstruo. Este se agitaba en medio de las llamas, empezando a humear y despidiendo un hedor insoportable. Dentro de la caja cerrada, algo susurraba, pugnando por salir al exterior para ayudar a su amo. Dahlia señaló con ademán de pánico la caja que se agitaba, a punto quizás de abrirse y vomitar las temibles «criaturas» esféricas.

—¡Ahí! ¡Ahí, Dios mío! —avisó—. ¡Están los pequeños seres que causan la necrosis mortal!

Wilburn asintió, dirigiendo ahora el chorro de fuego hacia la caja, mientras el falso Warlock era una especie de tea enorme, de antorcha maloliente, crepitando su nauseabunda forma en medio de las llamas aniquiladoras. Empezaba a desmoronarse, abrasado e informe.

Las llamas envolvieron rugiente la caja repleta de seres asesinos. Recipiente y ocupantes se convirtieron en pavesas bajo un diluvio de fuego sostenido hasta que no quedaron más que cenizas candentes, y el peligro hubo pasado totalmente.

El monstruo invasor yacía también, no lejos de sus diminutos vasallos, convertido en un informe montón de miembros calcinados. Nada en aquellos restos recordaba ya a la espantosa forma viviente de poco antes.

—Acabó todo… —jadeó roncamente el joven médico, precipitándose hacia la pálida, demudada Dahlia, a quien tomó en brazos acogiéndola contra su pecho para calmarla y confortarla—. Serénese, señorita Dahlia… Ya pasó. La pesadilla ha terminado.

—Dios mio… —sollozó ella, apretándose a él—. Estuve a punto de morir a sus manos, doctor Shade… Y eso no era lo peor. Todos morirían sin remedio.

—¿Me conoce? —se sorprendió él.

—Le recuerdo bien. Durante mi shock no podía hablarle, responderle, demostrarle que le oía y le entendía, pero es así. Tengo que agradecerle cuanto hizo por mí… y cuanto han hecho ahora los dos.

—Yo había jurado hacerlo, señorita —susurró Wilburn, mirando con odio infinito al suplantador de su primo—. Ese horrible ser aniquiló a mis seres más queridos. Esta ha sido mi venganza.

—Y la salvación de la Tierra, según parece —suspiró Shade—. Esa horrible criatura hubiese llevado a feliz término su plan de haber sobrevivido.

—Pero mencionó a otros… —le recordó Wilburn, sombrio—. Hablaba de ello mientras nosotros escuchábamos ahí afuera. Shade, recuérdelo. Dijo que eran varios los seres como él que buscaban un mundo donde alojarse. Tal vez un día… llegue otro como ese a la Tierra…

—En lo sucesivo habrá que estar muy vigilante y no confiar en nada —asintió Shade—. Sólo así podremos evitar el exterminio de la raza humana.

—Creo que nuestra raza, pese a todo, goza aún de buena salud. Saldremos de lo que pueda suceder. Pero esto deberá servirnos de lección. Ahora ya están todos vengados: Helen, Mitch, Doug… e incluso el pobre primo Warlock…

—Sí, ahora todo ha terminado —miró Shade afectuosamente a Dahlia—, ¿Quiere que nos vayamos de aquí cuanto antes?

—Sí, doctor, se lo ruego —musitó ella, apretándose más a él, y mirándole a los ojos—. Llévenme adonde quieran, pero lejos de aquí, donde pueda intentar olvidar.

—Hay cosas que jamás se olvidan, y ésta será una de ellas. Pero un niño va a llevarse una gran alegría cuando la vea.

—¿Kris? —sonrió la joven saliendo con ambos del trágico laboratorio donde humeaban los restos del extraterrestre y sus criaturas, vencidos por el fuego purificador, como símbolo del aniquilamiento de las fuerzas del mal.

—Eso es. El pobre niño necesita una madre, una hermana mayor al menos. Creo que a usted la considera de ese modo.

—Gustosamente ocuparé ese puesto junto a él si me necesita —prometió la muchacha dulcemente.

Shade asintió, complacido.

—Será una gran noticia para el pequeño —murmuró.

Wilburn, que caminaba tras ellos, pensativo aún, no pudo evitar una sonrisa, miró a ambos jóvenes, que ni siquiera se daban cuenta de que iban aún abrazados, y murmuró entre dientes:

—Y seguro que muy pronto, ese niño también tendrá un padre…

Darryl Shade giró la cabeza, intrigado.

—¿Decía algo, amigo Wilburn? —preguntó.

—No, nada —negó éste, moviendo la cabeza—. Cosas mías, doctor.

Y se limitó a sonreír enigmáticamente, sin aclarar más.

F I N

PUNTO ROJO

intriga...

PUNTO ROJO

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

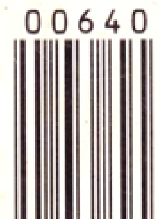
ROJO

acción...

ROJO

ISBN 84-02-02525-0





EDITORIAL
BRUGUERA, S. A

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en Españ